

Impresario
RIVELLES
Alfredo
MAYO

Un

caballero

famoso





EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasejo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

UN CABALLERO FAMOSO

Argumento cinematográfico original de
LÓPEZ NÚÑEZ y CIRÍACO VENTALLÓ

Dirección:

JOSE BUCHS

Música: **JOSÉ FORNS**

CIFESA PRODUCCIÓN



EDICIONES BISTAGNE

PRINCIPALES INTERPRETES:

ALFREDO MAYO

AMPARITO RIVELLES

FLORENCIA BÉCQUER

Alberto Romea

Miguel Pozanco

PRIMERA EDICIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197. BARCELONA

Un caballero famoso

Argumento de la película

Bailaban las parejas con la delicada elegancia que a sus gestos imponían los compases del minué. Ellas parecían flores gigantescas inclinándose mecidas por la brisa, y sus trajes multicolores, brillantes de bordados y pedrería, deslumbraban al reflejarse en ellos la luz de millares de bujías encendidas en las enormes arañas de cristal que adornaban los salones. Ellos, con las gorgueras de encaje, con las manos casi cubiertas por los puños de finísimas puntillas, marcaban los pasos con la severidad de un rito y, al tomar entre sus dedos los dedos de su pareja, parecía como si recogieran el ala suave de una mariposa delicada que temieran verse deshacer en polvo a su contacto.

Corría el año 1839. El palacio de la aristocrática Eugenia de la Jara había abierto sus puertas para dar una de sus famosas reuniones y allí estaba congregada toda

la alta sociedad de Sevilla que se rendía ante la belleza de la muchacha y ante el copioso caudal de su padre, uno de los más sobresalientes personajes de la ciudad.

La muchacha era el tipo perfecto de su raza: alta, esbelta, fina, con el rostro de líneas perfectas en el que los grandes ojos morunos ponían la alegría del sol andaluz junto con la nostalgia de épocas pretéritas dormidas en la paz de los siglos. Su pelo negrísimo dejaba despejada la frente ancha y noble, de color de nardo moreno, y le caía en rizos coquetos sobre la nuca desnuda que el descote del traje de baile hacía lucir en toda la gracia de un dibujo perfecto.

—¡Qué guapa está hoy Eugenia!—comentaba doña Magdalena, una de las invitadas, dama entrada ya en años que gozaba de las fiestas por el placer de poder comentar, en un rincón apartado de los salones, la gracia de las mu-

chachas, la gentileza de los mozos y la riqueza y buen gusto de la casa.

—Sí, está guapísima. Es una hermosa estampa andaluza—contestó doña Rosario que, como la primera, se contentaba con el comentario, pues hacía ya mucho tiempo que para ella había pasado la edad del baile y del jolgorio.

—Pues no es andaluza más que a medias—añadió la primera—. Su madre era andaluza, pero su padre era francés. Por esto ella y su tío Lorenzo viven la mitad del año en París.

—De allá ha importado esa... ¿cómo diría yo?... esa coquetería, ese algo indefinible que brota del espíritu de la mujer francesa y que, unido a su gracia de española, hace de esa chiquilla una mujer llena de atractivos.

—A Eugenia no le hace falta tener nada más que lo que tiene de española para ser atractiva—arguyó doña Rosario, a la que no le gustaban las importaciones.

Eugenia, como si escuchara los comentarios que de ella se hacían, sonreía arrebatada y dichosa mientras iba ejecutando con una gracia incomparable las diversas figuras del minué y, cuando el último de los compases hubo dejado morir sus sonos en el eco lejano del sa-

lón y ella, después de la reverencia final, se alzó ante su pareja, relucientes los ojos como dos faros, entreabierta la boca como granada madura, palpitante el pecho por la respiración anhelosa que le producían la fatiga y la emoción, se apoyó levemente en el brazo que el galán le ofrecía y caminaron despacio hasta llegar a un ángulo del salón donde continuaron la conversación que venían sosteniendo desde que se iniciara el baile y que tantas veces se había visto interrumpida por el cambio de parejas y el ir y venir de la danza.

—Para una mujer como usted, Eugenia, nada es imposible. Para un hombre como yo, tampoco... cuando se trata de alcanzar la felicidad—dijo él, en tono bajo y con voz insinuante.

—Me gustan los hombres valientes—replicó la muchacha sonriendo con coquetería y mirando al caballero con aquellos ojazos que eran capaces de hacer enloquecer media humanidad.

—Si bastara la valentía...—murmuró él, aturdido por aquella mirada que le producía extraños cosquilleos en el alma.

—El valor hay que probarlo con algo más que con palabras...

—Una sola de usted puede cam-

bíar mi vida—aseguró él con firmeza y decisión.

—¿De veras?—preguntó ella con acentuada coquetería.

Y cambiando de tono, muy seria, añadió:

—¿Y ese compromiso formal con Elvira Luna?

Hizo el interpelado un gesto vago y de sorpresa al mismo tiempo, y Eugenia añadió, maliciosa e intencionada:

—Aunque recién llegada estoy al corriente de todo lo que pasa en Sevilla...

—Ya lo veo... No niego lo que usted dice... y, sin embargo, debo afirmar que es usted la que me atrae con fuerza irresistible...

Tuvieron que interrumpir aquella conversación porque otros invitados vinieron a reunirse con ellos. Eugenia atendía a todos como una perfecta dueña de casa, como una muchacha muy acostumbrada al trato social y que conoce perfectamente sus deberes y sabe moverse con soltura en el ámbito de un salón del que es dueña y señora, como si aquel fuera su único ambiente.

El caballero se quedó un poco rezagado, pero seguía observando a Eugenia con una mirada apasionada en la que todos podían sorprender su amor hacia la muchacha.

—¡Rafael está deslumbrado por Eugenia!—comentó, a pocos pasos, uno de los invitados a la fiesta.

Y otro, dándole un pequeño codazo, le dijo en voz baja:

—¡Cuidado, que está ahí Alvaro, el hermano de Elvira!

El que primero había hablado se mordió los labios reprimiendo su indiscreción e hizo un gesto de desagrado ante el temor de que sus palabras hubieran podido ser escuchadas por Alvaro, pero éste no pareció haberlas oído, pues siguió charlando y riendo con otro grupo de amigos, ajeno totalmente a los comentarios que el coloquio de Eugenia y Rafael había despertado en el salón.

Eugenia, cada vez más animada por los agasajos de que era objeto, cada vez con los ojos más brillantes y la boca más roja, como si se complaciera en ofrecerse bella y atractiva a las miradas de los hombres, se adelantó unos pasos, rogó a todos un poco de silencio y luego, en voz lo bastante alta para que pudieran escucharla todos los invitados, dijo:

—Para celebrar mi regreso a Sevilla y el encontrarme de nuevo en mi tierra andaluza, he organizado una fiesta, como todos los años, en "Los Corales", mi cortijo predilecto. Se celebrará pasado

mañana. Pero este año habrá una novedad, para darle mayor atractivo. Yo misma he bordado una moña que se pondrá al toro más bravo de mi ganadería. El que tenga arrojo suficiente para quitársela podrá ofrecerla a la mujer que él prefiera... ¡Quedan todos invitados!

Era como un reto lanzado a Rafael directamente, y así lo sintió él, y así lo apreciaron cuantos escucharon las palabras de Eugenia, que fueron aplaudidas y aprobadas por unanimidad, con grandes ex-

—¡Bien!

—¡Magnífico!

clamaciones de entusiasmo:

—¡Bravo!

—¡Qué bonito!

—Veremos quién se la lleva— comentó intencionadamente Ana María, una de las mejores amigas de Eugenia—. Supongo que no te habrás olvidado de invitar a Paquiro...

—¡Claro que le he invitado!— afirmó Eugenia, riendo—. Nuestro más famoso diestro no podía faltar a una fiesta de esta clase.

En los ojos de Rafael hubo una ráfaga de despecho que no le pasó inadvertida a Eugenia y que fué un nuevo acicate y un nuevo halago, y, acercándose a su caballero, le preguntó:

—¿Qué le parece a usted, Rafael?

—Magnífica idea, Digna de usted.

Rafael Pérez de Guzmán era el heredero de una de las familias más nobles y de más rancio abolengo de toda Andalucía. Su porte distinguido, su rostro enérgico, su mirada profunda, la perfección de sus facciones, todo en él denotaba su procedencia y le hacía uno de los partidos más codiciados, a pesar de que su vida, un tanto licenciosa, hiciera temblar a muchas madres que, aunque en el fondo deseaban poderle pescar y convertirlo en su yerno, temían por la felicidad un tanto dudosa que pudiera dar a la que él eligiera por esposa.

Cuando volvió a sonar la música y un nuevo invitado se acercó a Eugenia para ofrecerle el brazo y sacarla a bailar, Rafael tuvo que dominar un gesto de contrariedad y se quedó allí, clavado, mirando fijamente a la muchacha que se alejaba riendo coquetuela y traviesa con su nuevo galán.

En el zaguán de la casa, mientras la fiesta llegaba a su grado álgido, los cocheros hostezaban, se aburrían o dejaban que el sueño se apoderara dulcemente de todos sus miembros y daban unas cómodas cabezadas desde lo alto de sus

asientos, despertando sobresaltados como si les descargaran un golpe en la nuca cada vez que el sueño, dominándoles, les hacía dar una cabezada más fuerte que de ordinario.

—¡Mucho tarda eso en terminar!—suspiró Paco Lucas, que se paseaba a lo largo del zaguán para calmar sus nervios—. El señorito Rafael debe haber olvidado que ya hace rato debía estar... bueno, yo me sé dónde debía estar, y a ti nada te importa.

—¡Paciencia, hombre, paciencia!—le replicó otro de los cocheros, que no perdía nunca la calma—. La espera es el trabajo que menos cansa.

—¡Es el trabajo más duro que has hecho en tu vida, so gandul!—lo replicó Paco Lucas que parecía tener pólvora en la sangre, tanto se movía y tan impaciente se encontraba por lo inacabable de la espera.

Hacia ya rato que habían sonado las diez cuando los invitados comenzaron a despedirse de los dueños. Eugenia y su tío Lorenzo hacían los honores de la casa y sonreían a todos recordando a cada uno:

—No olviden que pasado mañana es la fiesta en "Los Corales".

—Hasta pasado mañana. Les esperamos allí.

—Tenemos la seguridad de que pasado mañana volveremos a vernos en "Los Corales".

Para cada invitado encontraban una frase que le recordara que era particularmente invitado a la fiesta campera que iba a celebrarse en el afamado cortijo.

Cuando Eugenia entregó su mano a Rafael para que éste se la estrechara levemente al despedirse, le dijo, dejando que sus dedos permanecieran unos segundos más de lo acostumbrado entre los dedos del caballero:

—Rafael... hasta pasado mañana... Espero que no faltará usted...

—Puede usted estar segura de ello—replicó Pérez de Guzmán con una profunda inclinación.

Cuando Paco Lucas vió llegar a su amo dió un suspiro de alivio y se acercó presuroso a él, preguntándole en voz baja:

—¿Vamos allá, mi amo?

Rafael vaciló unos momentos antes de contestar, como si dudara, y luego, tomando una determinación, replicó:

—No... Ve tú a casa de la señorita Elvira y dile... que... bien, discúlpame como puedas... Tú sabes hacer bien esas cosas...

—Como usted mande, señorito

—murmuró Paco Lucas, contrariado.

—Dile que... que estoy ocupado, que no he podido ir porque he tenido que ir... En fin, no sé, dile lo que a ti se te ocurra.

—Descuide el señor... Si tengo tan poca inspiración como el señor para inventar excusas...

—Confío en tu prodigiosa imaginación—dijo Rafael sonriendo levemente, porque conocía a su criado desde hacía muchos años y sabía que no había otro igual para inventar mentiras.

Rafael se unió al grupo de amigos que lo estaban esperando y emprendió con ellos el camino a pie, marchando por las encrucijadas llenas de encanto y de misterio del barrio de Santa Cruz, por aquel dédalo de callejas no más anchas de un metro en las que las rejas repletas de flores parecían formar y entretelar jardines de maravilla a los que la luna se asomaba acentuando los contrastes de luz y sombra a cada revuelta, como si invitara a escapatorias de amor por aquel laberinto florido repleto de aromas excitantes de las mil flores que se abrían en la quietud serena y mágica de la noche sevillana.

Rafael caminaba en silencio, ensimismado en sus propias medita-

ciones, y no se mezclaba a la conversación animada de sus amigos. Uno de ellos, cogiéndole del brazo, le embromó:

—¿Vas pensando en Eugenia?... Te veo muy entusiasmado por esa mujercita...

—Me atrae esa mujer como ninguna—replicó Rafael como si hablara consigo mismo.

—Lo comprendo. Tiene un atractivo especial. Ha mezclado la sal andaluza al *esprit* francés, la soltura española a la elegancia parisiña, el ardor de nuestra tierra a las suavidades de luz del cielo de París... y ha resultado una maravilla... pero no olvides que es una chiquilla coqueta, acostumbrada a triunfar... La temporada pasada su niño mimado fué Paquiró, el torero... y ahora...

—¡Hablemos de otra cosa!—cortó, tajante, Rafael, como si aquella conversación le molestara—. ¿A dónde vamos?

—Si quieres podemos ir al "Brillante". Cantan Juan Navas y la "Esmeralda".

—Entonces, ni dudario, vamos allá.

El "Brillante" era un café diminuto que abría su puerta cargada de farolillos en una plazuela de encantamiento del barrio de Santa Cruz. Dentro había tanta gente

como cabía en el pequeño local, y alguna más, de suerte que los que llegaron tuvieron que abrirse paso a codazos para alcanzar una mesa en torno a la cual se sentaron. La mesa era proporcionada al local: diminuta; y los que se habían sentado en torno a ella la hicieron invisible, de suerte que las cañitas que les sirvieron parecían sostenerse en vilo entre los comensales.

El dueño del café, obsequioso, halagador, se apresuró a atender a clientes de tan alto rango a los que conocía bien y les ofreció lo mejor que tenía en vino y les dijo, sonriendo con esa sonrisa estereotipada que juguetea en todos los labios de las gentes que viven del público y para el público:

—Creo que han encontrado la mejor mesa de todo el local. Desde aquí ven muy bien el tablado. Y van a oír ustedes esta noche algo bueno. Oro fino en la garganta. Y un estilo que se entra en el alma. Aquí tenemos siempre los mejores cantaores de toda Andalucía.

—Vamos a verlo.

Rasguó la guitarra con ese lamento sordo y vibrante que saben arrancar de ella manos hábiles, y la "Esmeralda", una chiquilla con alma y fuego andaluces, comenzó a cantar con su "voz de oro":

*La flor que llevo en el pelo
llevaría en el corazón
si no quisiera que vieses
que eres dueño de mi amor.*

En realidad la chiquilla tenía un estilo que se metía en el alma. Cantaba con esa incomparable dulzura de la mujer del pueblo andaluz, con ese ceceo que se come más de la mitad de las palabras, pero que deja decir a los ojos todo lo que los labios no dicen y modula en gorjeos y jipios todas las palabras que la boca apenas pronuncia, y que se van metiendo hondo, muy hondo en el alma, haciéndola sentir un algo indefinible, suavísimo que a veces se deshace en lágrimas suaves que humedecen los ojos sin saber por qué.

Un aplauso unánime estalló en el café cuando hubo terminado la copla, y la muchachita sonrió desde el tablado con una sonrisa ingenua y picante al mismo tiempo que era como la corona de flores que pusiera en torno a la copla.

Volvió la guitarra a rasguear y esta vez le tocó el turno a Juan Navas, el mejor cantor de la época, que improvisaba sus coplas y las dedicaba al personaje más sobresaliente que hubiera entre el auditorio, porque él se vanagloriaba de conocer a todo el mundo y de que todo el mundo le conociera a él.

Con voz potente y con un estilo de los "que llegan al alma", como decía el dueño del café, cantó:

*Ninguno como Paquiro
en arte ni en valentía,
pues es el mejor torero
de España y Andalucía.*

El público aplaudió frenético, primero al "cantaor" y luego, puesto en pie, ovacionó a Paquiro que, al sentirse aludido en la copla, había lanzado al escenario, con gesto generoso, una onza de oro que el cantor recogió en el aire con un gesto gracioso.

En la mesa de Rafael Pérez de Guzmán todos aplaudían rabiosamente, menos él, que se había quedado con un gesto hosco y una arruga de contrariedad marcada en la frente.

—¡Qué grande es Paquiro!— gritaban unos.

—Paquiro... ¿quieres una caña?— invitaba otro.

—Paquiro, vente a nuestra mesa— le dijo Carrión, uno de los compañeros de Rafael, invitándole a sentarse junto a ellos.

Paquiro se adelantó, les miró a todos, detuvo un momento su mirada en Rafael, como si con ella le lanzara un reto, y dijo con aplomo, sin turbarse por el gesto esquivo de éste:

—Buenas noches, señores. Siempre para servirle, don Rafael...— añadió, inclinándose ante el aristócrata con respeto, pero sin humildad.

—¡Gracias. ¡Trae otra botella!— gritó al camarero.

—Y otra por mi cuenta— añadió Paquiro con naturalidad y sin empaque.

—No— atajó Rafael, contrariado—. Todo lo de esta mesa es por mi cuenta. Haz lo que te digo— ordenó al camarero.

—Como usted disponga— asintió Paquiro, sin querer enfrentarse con el caballero.

Y tras un pequeño silencio un tanto embarazoso, Paquiro preguntó a Rafael:

—¿Sigue usted frecuentando la Escuela de Tauromaquia del Matadero?

—Sí. Voy casi todos los días. Me gusta torear.

—No te puedes figurar lo que ha adelantado. En nada se diferencia de los profesionales— comentó uno de los amigos, gran aficionado al toreo.

—No tiene importancia. Yo creo que eso de torear está al alcance de cualquiera.

—De cualquiera, no— replicó Paquiro en tono mesurado—. Hay que tener corazón.

—Yo en eso no le cedo a nadie —afirmó Rafael.

—Ese es el camino. Cuando haya ocasión me gustará ver esos adelantos, y, si me lo permite, alternaremos juntos—dijo Paquiro.

Y como mientras estuvieron hablando una de las floristas se había acercado a ellos y puso una flor en el pecho de Rafael y otra en el de Paquiro, éste le dió una propina y dijo:

—Toma, por el señor y por mí.

—No, gracias —atajó, molesto, Rafael, que no conseguía dominar sus nervios excitados aún más por la tranquilidad del torero—. Por mí, no... la mía está aquí—añadió, sacando un billete y entregándolo a la florista.

—¿Un bono del tesoro de cuatro mil reales?—dijo ésta asombrada, mirando con los ojos muy abiertos el papel que Rafael había puesto en su mano.

—Sí, guárdatelo.

—Gracias, señorito, muchas gracias. Que Dios le bendiga. Muchas gracias...

La florista se alejó contentísima. Aquella noche ya no tenía que trabajar más. Con unos cuantos clientes como aquel pronto podría poner una parada de flores y no tener que ambular por los cafés hasta la madrugada para ganar unas

miserias monedas. ¡Pero si aquello había sido un milagro!

La guitarra dejó oír de nuevo sus sonos y en la sala se hizo el silencio para poder escuchar mejor la copla que caracoleó en el aire con culebreo armonioso, desde la nota suavísima que era como un lejano susurro, hasta la cascada desgranada en todo su poderío brincando por las rocas potente y devoradora, para ir muriendo lentamente, lentamente, en un eco lejano, como de cristal, y desvanecerse en el último rincón de la sala como si dijera un secreto a la mujer querida.

Cuando los aplausos hubieron cesado y pudo charlarse sin gritos, uno de los amigos de Rafael le dijo a Paquiro, el torero:

—Ya sabemos que estás invitado a la fiesta de "Los Corales".

—Sí. La señorita Eugenia me ha mandado aviso de que vaya.

—¿Y sabes la novedad que nos prepara?

—Algo me han dicho de una moña bordada por ella... A sus manos volverá. ¡Yo mismo se la entregaré!—afirmó Paquiro, seguro de lo que decía, pero sin jactancia alguna.

—¿Estás seguro? —preguntó Rafael con acritud.

—Completamente seguro —afir-

mó Paquiro con su natural calma.

Los dos hombres se quedaron mirando cara a cara: en los ojos de Rafael había un relámpago de desafío; en los de Paquiro una gran calma; era la mirada del hombre que está seguro de sí mismo y que no teme nada ni a nadie.

* * *

Paco Lucas llegó, retardando el paso cuanto pudo, hasta la reja de Elvira. Iba a cumplir a regañadientes la misión que su amo le había confiado, pero bien sabía Dios que aquella vez le era un verdadero sacrificio tener que mentir y tener que inventar. ¡Con lo que a él le gustaban ambas cosas!... Pero, Señor, le gustaba cuando valía la pena, cuando se podía hacer sin hacer daño a nadie, cuando se mentía por alarde o por chocarnería; pero no así, mentir así, sabiendo a ciencia cierta que iba a hacer daño a la señorita, que no se lo merecía, ¡ea!, no señor, no se lo merecía, la santa de Dios.

Elvira escuchó de Paco Lucas las palabras de excusa que éste balbuceaba sin atreverse a mirar los ojos de la señorita, súbitamente entristecidos, mientras arrastraba por el suelo un pie, como si ma-

tara hormigas, queriendo buscar en aquel gesto un poco de inspiración, o como si tratara de disimular en él la turbación que le producía mentir.

—¿No puede venir!... —suspiró Elvira, mirando al cielo con tristeza.

—El sí quería venir... pero unos forasteros...

—¿Forasteros?... ¿No serán... forasteras?—preguntó Elvira, sonriendo levemente.

—No, no, señorita, nada de eso. Forasteros de fuera, se lo aseguro, de Cazalla, eso es, unos cuantos de Cazalla que han venido a marearle... Un compromiso muy grande, señorita—se apresuró a decir Paco Lucas, aturrullándose cada vez más.

—Antes no había compromisos que le apartaran de esta reja—susurró Elvira, ensimismada en sus pensamientos.

—¿Quiere usted que le diga eso? —inquirió Paco Lucas, muy servicial.

—Sí... y dile que venga cuando termine su compromiso... Estaré en el jardín. Ve, Paco Lucas, ve y dile que venga... No vuelvas tú con mensajes de disculpa y vanos pretextos... Yo sabré esperar...

—Sí, señorita, voy corriendo... y le traigo aquí esta noche, o yo dejo

de ser Paco Lucas. ¡Que se mueran diez gitanos si no cumplo!

Salió corriendo por la calle adelante y llegó jadeando al café del "Brillante", en el que entró sofocado y anheloso, acercándose a su amo con aspecto misterioso y diciéndole por lo bajo:

—Tengo que hablar con usted, señorito.

Levantóse Rafael y siguió al criado hasta un ángulo apartado del café.

—¿Qué pasa?—inquirió, mirando a Paco Lucas que estaba sudoroso y muy turbado.

—Que... que vaya usted a ver... Don Rafael, ¿se lo digo a usted con preámbulo o sin preámbulo?—inquirió, cortando la frase que iba a decir.

—Como acabes antes.

—Pues entonces... con preámbulo... Que vaya usted a ver a la señorita Elvira... ¡Está más guapa que nunca!... Vaya usted, aunque sólo sea un minuto... ¡Si viera cómo le quiere!

—Yo también la quiero a ella... pero...—murmuró Rafael, contrariado por lo que su criado le decía.

—Ya sé por dónde va usted, señorito... Yo tengo mucho talento, y... ¡no juegue usted con fuego, don Rafael, que se va usted a quemar!

—¡Calla!... ¡Tú qué sabes!

—No se enfade, señorito, no se enfade... pero lo dicho, dicho... y firmado—dijo Paco Lucas escribiendo en el aire una firma y una rúbrica con grandes gestos.

—Bueno, basta de plática y déjame en paz—cortó Rafael, que deseaba volver junto a sus amigos.

—¿Voy a avisar que irá usted?

—Tú no hagas nada sin que yo te lo ordene. Espérame fuera.

Paco Lucas salió a la calle y Rafael se acercó a sus amigos:

—Tendréis que perdonarme, pero debo marcharme. Buenas noches...

—Hasta pasado mañana en la fiesta, don Rafael—dijo Paquiro, saludando con la mano—. Mire usted qué pronto se ha presentado la ocasión para que alternemos juntos...

—Allá nos veremos, Paquiro—replicó Rafael, recogiendo el reto que el torero le lanzaba.

Al pasar junto a una de las mesas del café, Rafael saludó a Alvaro, el hermano de Elvira, que estaba charlando animadamente en otra mesa.

* * *

Salió a la calle y dijo a su criado:

—¡Vamos allá!

Paco Lucas, con una pirueta de satisfacción, dió un brinco y exclamó entusiasmado:

—¡Se salvaron los diez gitanos!

Mientras Paco Lucas había corrido al café a buscar a su amo, Elvira, esperanzada por el mensaje que había mandado a Rafael, bajó al jardín dispuesta a esperar aunque fuera toda la noche. No le importaba estar en vela. Prefería velar al aire libre que en la cama. Y tenía la completa seguridad de que no hubiera dormido en toda la noche si se hubiera acostado con la pena de no poder charlar un rato a través de la reja con el hombre al que había entregado toda su alma.

Doña Pastora, que era el ama de llaves de Elvira y le hacía un poco las veces de madre, por haber quedado sin ella desde muy niña, no podía comprender el empeño de la muchacha en no retirarse a dormir.

—Mire, señorita, que es ya muy tarde y vale más que se retire. El relente puede hacerle daño.

—No temas, Pastora. Hace muy buena noche... Da gusto estar aquí

y contemplar la luna tan clara, tan brillante, tan serena corriendo por el cielo...

La buena señora, encogiéndose de hombros y acordándose que también ella había sido joven y le había gustado mucho contemplar la luna... y todo lo que ella trae consigo, se marchó hacia la casa dispuesta a continuar sus tareas, esas inacabables tareas de toda buena ama de llaves que nunca cree tener a punto todos los mil y un detalles del manejo de la casa.

Elvira se quedó sola y siguió soñando y esperando. Algo, en lo íntimo de su corazón, le decía que él vendría, que él la quería, que él no podía dejarla abandonada, seguro como estaba de que lo era todo para ella, de que sin él no podría vivir, de que su amor era su mejor tesoro, su apoyo, su faro, su guía...

Paco Lucas y Rafael habían llegado a casa de Elvira y habían saltado la puerta del jardín. El criado indicó a Rafael el lugar donde se hallaba Elvira, y él, viendo que doña Pastora salía de nuevo de la casa, se dirigió a ella para entretenerla y dejar que los novios pudieran charlar libremente.

—Buenas noches, doña Pastora, buenas y agradables...

—¿Tú aquí?

—Vamos, no me ponga cara de

juez, que no le he hecho nada malo. ¡Con la falta que me hace que me miren buenamente las mujeres!

—Pues qué te miren las de tu calaña...

—¡Doña Pastora de mi alma!

—...o alguna de esas mocitas locas como tú y como tu amo...

—¡Pero si yo no quiero niñas!... Tampoco viejas, ¿sabe?... La verdad está siempre en el término medio—dijo Paco Lucas, mirándola de un modo muy insinuante.

—Por primera vez te he oído decir una cosa sensata—replicó doña Pastora, muy halagada por las palabras del criado.

—Una persona prudente y seria podría llevarme a mí por el buen camino — dijo Paco Lucas dando un hondo y significativo suspiro.

Pastora se arregló la bata y el pelo y replicó, un poco coqueta:

—Es lo que siempre les hace falta a los hombres... Si todos lo comprendieran a tiempo, no sufrirían tantos desengaños...

—¡Qué feliz sería yo si una mujer así se fijase en mí!

—No hay más que buscarla... Muchas andan por ahí... Oye, Paco Lucas, ¿quieres unas yemitas de San Leandro? Las acabo de hacer esta misma tarde. Espera un instante. Voy por ellas.

Paco Lucas sonrió para sus adentros. ¡Qué poquito trabajo costaba enturbiar el cerebro a una mujer! Doña Pastora arrancaba flores y consultaba a sus pétalos quién sabe qué ocultos deseos, mientras iba en busca de las yemitas que Paco Lucas estaba ya saboreando *in mente*.

Rafael había llegado junto a Elvira y se había sentado a su lado, diciéndole, para excusar su tardanza:

—Estos días estoy muy ocupado con los asuntos del cortijo...

—Ya lo veo... pero unos minutos por la noche...

—Tú ya sabes que te quiero. No debes ser así.

—Perdóname, Rafael, pero a veces dudo... Hasta me parece que has cambiado, que no eres el mismo, y creo que ya no me quieres como me querías...

—Figuraciones tuyas, mujer.

—No sé... Te veo desasosgado, inquieto, como atormentado por algo que no acierto a comprender. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿...? —interrogaron los ojos negros y dulces de Elvira.

—Absolutamente nada, te lo aseguro.

—¿De verdad?—dudó ella.

—¿Tengo que repetírtelo?—re-

plícó él, un poco violento y molesto.

—¡Ay, Rafael!... Si me engañaras, si me faltaras tú, si dejaras de quererme... yo creo que no podría vivir ya—dijo Elvira, sintiendo que las lágrimas asomaban a sus ojos y no dejándolas resbalar por un esfuerzo de voluntad.

—No seas chiquilla. Desecha tus temores y no dudes nunca de que te quiero de veras.

Mientras los dos novios platicaban con esa charla que nunca se acaba y que siempre está formada por las mismas frases, las mismas dudas, idénticas afirmaciones e iguales suspiros, Paco Lucas paladeaba las yemitas que doña Pastora le iba dando.

—¿Te gustan? — preguntaba ella, muy contenta al ver el éxito que tenía su obra de repostería.

—¡Están riquísimas! — replicó Paco Lucas con la boca llena y relamiéndose los labios almidarados.

—Pues ahora me acuerdo que también tengo guardados unos suspiros... Te los traeré. Estoy segura de que también van a gustarte.

Paco Lucas quedó esperando, pero tuvo que engullir rápidamente la última yema porque Rafael venía ya en su busca para marcharse.

—¿Tan pronto nos vamos?—

preguntó, disimulando lo mejor que pudo para que su amo no viera lo bien que sabía aprovechar el tiempo—. Mire usted qué noche tan bonita. Este aire tibio y perfumado casi alimenta...

—¿El aire?... —preguntó Rafael viéndole comer a dos carrillos—. Vamos, tragón, vamos.

Elvira se despidió de su novio y rogó con dulzura:

—No me faltes mañana, Rafael... Te esperaré en la reja como cada noche.

—Hasta mañana, nena.

Amo y criado salieron a la calle y avanzaron por ella sin prisa, recorriendo el dédalo de callejas intrincadas de aquel barrio andaluz, el más típico y característico de Sevilla.

Caminaban en silencio como ensimismados en sus propios pensamientos. Muy dulces debían ser los de Paco Lucas, porque de vez en cuando se relamía los labios o daba un hondo suspiro, pensando en aquellos que no había tenido tiempo de probar; los de Rafael eran de otra clase, más intrincados quizá que las calles que cruzaban, más llenos de sombras y de misterios, puesto que, en su frente, una arruga vertical muy marcada denotaba a las claras qué clase de preocupaciones asaltaban su espí-

ritu atormentado por dos amores que entablaban en su alma cruel lucha.

Las calles de Sevilla, en aquella hora nocturna, estaban mudas. No se veía alma viviente circular por ellas y el silencio hacía angusta la noche tranquila y serena de la ciudad. Sólo el ruido de los pasos de los dos hombres despertaba el eco dormido de las esquinas que parecían estremecerse amedrentadas por lo inusitado del ruido en una hora en que todo dormía.

De pronto, y al doblar una de las bocacalles, un hombre pasó junto a ellos corriendo despavorido y, siguiéndole muy de cerca, otros dos hombres pasaron también corriendo, persiguiendo al fugitivo, al que consiguieron acorralar contra la tapia de una casa, abalanzándose sobre él en actitud terrible y agresiva.

—¡Socorro!... ¡Favor!... ¡Me matan!...—gritó con mortal angustia el agredido.

Rafael, que había detenido su marcha al ver aquella escena, no dudó un instante y, decidido, corrió en auxilio del que solicitaba una ayuda humana que le salvara de las garras de sus perseguidores. Valiente, audaz, temerario, comenzó a golpear a los dos agresores que, cogidos de sorpresa por lo

inesperado del ataque, se dieron precipitadamente a la fuga tras una lucha muda y breve.

Rafael se pasó la mano por la frente sudorosa. Estaba intensamente pálido, pero no se daba cuenta exacta de lo que le había pasado, cuando Paco Lucas, que no había tenido tiempo de intervenir en la contienda, mirando angustiosamente a su señor, le dijo:

—¡Mi amo!... ¡Si está usted herido!

Efectivamente, la pechera blanquísima de la camisa de Rafael se había teñido con el rojo vivo de la sangre, y la mortal palidez que cubría su rostro denotaba bien a las claras que sufría un certero golpe.

—Sí... me han herido... no es nada... El puñal debe haberme hecho un rasguño en la piel...—murmuró Rafael, que no quería demostrar su sufrimiento.

Pero sintiendo que las fuerzas le flaqueaban, que se le enturbiaba la vista, que estaba próximo a perder el sentido, añadió, apoyándose en su criado:

—Lo siento... Va a creer Paquirro que le tengo miedo...

Paco Lucas, ayudado por el desconocido a quien Rafael había salvado la vida exponiendo la suya, sostuvo al herido en sus brazos y entre los dos, penosamente, se lo

llevaron hacia su casa creyendo que lanzaría en el camino el último suspiro.

Avisado el médico rápidamente acudió a prestar su auxilio al herido; así como don Alvaro, el hermano de Elvira, al cual Paco Lucas había llamado también para no cargar él solo con toda la responsabilidad del suceso.

Tras un largo examen y haber curado con esmero la herida, el médico, después de lavarse las manos y salido de la habitación, dijo a don Alvaro que le interrogaba con la mirada angustiosa:

—Afortunadamente, la herida no tiene la importancia que en un principio temí. Está muy débil a causa de la pérdida de sangre, pero creo que con un reposo absoluto logrará restablecerse rápidamente. Lo principal es la quietud. Deben vigilarle para que no haga muchos movimientos. Cualquier cosa podría provocar una hemorragia y entonces no respondo de él. Si obedece, dentro de tres o cuatro días podrá levantarse tranquilo. Mañana volveré a visitarle.

—Hasta mañana, doctor—dijo Alvaro, ya más tranquilo, pues también él temió en el primer momento por la vida de Rafael.

Alvaro entró de nuevo en la habitación del novio de su hermana,

se acercó al lecho y le habló suavemente, procurando darle ánimos:

—Has tenido suerte. El médico afirma que no es nada serio lo que tienes.

—Entonces... ¿podré levantarme mañana?—inquirió el herido con una luz de esperanza en sus pupilas.

—De ningún modo. Dice el doctor que no puedes moverte, que un movimiento brusco podría serte fatal, que debes permanecer inmóvil por lo menos cuarenta y ocho horas. Supongo que obedecerás. Es por tu bien. Y ahora me voy a casa a prevenir a Elvira; no vayan a ir a contarle algo terrible...

—Gracias, Alvaro... Adiós...

Salió Alvaro y, vencido por la fatiga y la debilidad, Rafael se quedó plácidamente dormido.

* * *

Aquella mañana Elvira estaba alegre como un pájaro. La conversación sostenida con su novio la noche anterior en el jardín le había devuelto la vida, porque de nuevo sentía renacer en ella la esperanza y la fe y creía otra vez en el amor de Rafael, del que alguna vez dudaba, con esa duda inquieta de todos los enamorados de verdad que creen ver fantasmas en la más

liger a indiferencia o en la palabra más inofensiva, dicha sin ninguna doble intención.

Sintiendo la necesidad de desahogar su ánimo en alegría, se sentó ante el clavicordio y comenzó a tocar una romanza de Mozart cuyas notas divinas estaban en consonancia con la elevación moral de su espíritu.

Así la sorprendió su hermano al llegar de casa de Rafael Pérez de Guzmán, y se quedó unos momentos quieto, escuchando la música, complacido en la contemplación del cuadro de belleza sin igual que ofrecía la muchacha perdida en la armonía inmortal del músico sublime.

Al darse cuenta Elvira de la presencia de su hermano dejó de tocar y le miró sonriendo, un poco sofocada, como una chiquilla que hubiera sido sorprendida cometiendo una diablura infantil.

—Sigue, sigue... —rogó Alvaro—. Hoy tocas mejor que nunca.

—Es que hoy soy feliz... ¡Estoy tan contenta! —rió la muchacha mirando a su hermano con los ojos brillantes de dicha.

Alvaro se quedó serio. No sabía cómo dar la noticia a su hermana. Se sentía angustiado a la idea de turbar la felicidad de aquella criatura a la que quería como a una

hija y por la que hubiera dado gustoso su vida toda si con ella hubiera podido evitarle desengaños y sinsabores.

—No quisiera turbar tu alegría —comenzó diciendo Alvaro—, pero quiero ser yo quien te lo diga... Rafael no podrá venir a verte hoy... ni mañana...

—¿Le ha pasado algo?—inquirió Elvira poniéndose en pie rápidamente, cambiada la expresión de su rostro, palideciendo con intensidad y sintiendo que toda la sangre se le agolpaba en el corazón estrujándolo con dolor—. Dímelo, dímelo pronto...—rogó, al ver que Alvaro seguía callado.

—No te alarmes, mujer, tranquilízate, no es nada de importancia... Las mujeres sois muy impresionables. Te aseguro que no ha sido nada...

Y le contó en breves palabras lo ocurrido, concluyendo:

—El médico asegura que no tiene importancia y que dentro de muy pocos días estará por completo restablecido.

Elvira dió un hondo suspiro y replicó, mirando a su hermano con ternura:

—Te creo, porque me lo dices tú... ¡Es que le quiero tanto, tantol...

—Ya lo veo, criatura... Acaso le

quieres demasiado —añadió Alvaro, frunciendo un poco el ceño.

—¿Demasiado? ¿Por qué dices eso? —inquirió Elvira sintiendo una nueva angustia atenazarle el corazón.

—Quiero decir... No, nada, criatura, nada... —susurró, cogiendo las manos de la chiquilla y hablándole como hablaría a una nena—. Eres mi hermana, lo único que tengo en el mundo, toda mi familia eres tú y desde niña te he cuidado como si fueras mi propia hija... En ti tengo depositado todo mi cariño... y, francamente, a veces pienso que acaso no sea Rafael el hombre que te convenga...

—¿Por qué...? ¿Sabes algo...? —preguntó Elvira mirando fijamente a su hermano como si quisiera leer en sus ojos la verdad que se escondía en su alma.

—No, nada sé concretamente... pero sospecho que te hace sufrir... y si yo supiera que es eso cierto... ¡no lo consentiría jamás!

—No, Alvaro, no, Rafael no me hace sufrir... Rafael me quiere mucho... —arguyó Elvira, dominándose para no dejar traslucir las dudas que muchas veces la asaltaban.

—¡Ojalá sea así! Yo, lo único que anhelo, es tu felicidad.

—¿Qué bueno eres, hermano mío!

Alvaro la abrazó tiernamente y separándose de ella le dijo, abandonando ya el tono de reconvencción y de dudas:

—Mañana estarás sola todo el día. Yo voy a "Los Corales" donde dan una gran fiesta campera.

—¡Ah, sí! En la finca de Eugenia de la Jara, ¿verdad? Me alegraré que te diviertas mucho y estoy segura de que te divertirás; los de la Jara saben hacer las cosas bien hechas. Son de lo mejor que tiene Sevilla...

—Señorito—interrumpió la doncella en aquel momento—, un caballero desea hablar con usted.

—¿Conmigo?... ¡Ah, sí, voy ahora mismo! —dijo, recordando. Y dirigiéndose a Elvira explicó—: Anoche me encontré con un antiguo amigo que ha venido a Sevilla por unos días solamente... Disculpame...

Salió de la habitación de su hermana y corrió a su despacho donde estaba esperándole Enrique, aquel forastero a quien Rafael había visto la noche anterior en el "Brillante" charlando en tono misterioso con el hermano de su novia.

—¡Enrique! —exclamó Alvaro, estrechándole la mano—. ¡Cuánto me alegro de que cumplas tu pro-

mesa! Anoche me dejaste un poco intrigado. ¿Quieres decirme, ya concretamente, qué es lo que te ha traído a Sevilla?

—¿Me haces el favor de cerrar la puerta?—rogó Enrique en voz baja.

Alvaro obedeció y volvió a sentarse. Enrique miró en torno suyo y preguntó:

—¿No puede oírnos nadie?

—Nadie.

—Para lo que voy a decirte todas las precauciones son pocas.

—Nadie nos oye. Habla con tranquilidad. Me tienes sobre asacas.

—Vengo enviado de Madrid por quien tú puedes suponer... —comenzó diciendo Enrique—. Las cosas marchan rápidamente y hemos contado contigo como una de las personas más adictas a la causa de don Carlos... Eres de los nuestros y has de prestarnos tu ayuda. Por eso estoy aquí...

Alvaro acercó más la silla a la de su amigo y los dos hombres siguieron charlando en voz tan baja que casi ni el aire que les rodeaba alcanzaba a escuchar sus palabras.

* * *

Al día siguiente todo era vida y animación en el cortijo de los se-

ñores de la Jara, en "Los Corales", donde debía celebrarse la fiesta campera que todos los años organizaban en honor a sus amigos y en la que se reunía lo más granado de la sociedad andaluza.

Eugenia se multiplicaba yendo de un lado para otro montada en su caballo de pura sangre al que dominaba como perfecta amazona, y su tío don Lorenzo la acompañaba dando las últimas órdenes a cuantos habían de intervenir en el toreo de las reses que se lanzarían al ruedo construido con carretas y tablones.

—¿Está todo listo? —preguntó don Lorenzo al mayoral.

—Sí, señor. Le estaba diciendo aquí, a la señorita, que sólo falta poner la moña al "Lucero", el toro más bravo de la ganadería y el de mejor estampa... ¡pero no va a resultar fácil conseguirlo! ¡Toro más bravo no lo hay en todo Andalucía!

—Temo que ese lance de la moña va a resultar demasiado peligroso... ¡Ah, las mujeres, las mujeres!... ¡Tienen unas ideas tan peregrinas!...

—Así habrá más emoción, tío—replicó Eugenia riendo con su fresca y juvenil risa—. ¡Será un torneo caballeresco en honor de las damas!

—Sí, pero puede costar caro a alguno de nuestros invitados.

—No tengas miedo, tío... Vienen los mejores lidiadores — arguyó Eugenia, queriendo animar a don Lorenzo que no veía con buenos ojos aquella chiquillada de su sobrina.

—¡Ná menos que va a vení Paquiro! — comentó la doncellita que acompañaba siempre a Eugenia y que era una moza píspireta y coquetuela, con todo el sabor de la tierra que la había visto nacer.

—Bueno, tío, vamos a ver los toros — dijo Eugenia, haciendo caracolear a su caballo.

—Vamos, pero que no te dé por acosar a las reses... que no me hace ninguna gracia correr, a mis años...

—¡Pero si eso es lo divertido, tío de mí alma! — rió Eugenia, picando espuelas a su caballo y saliendo al galope hacia el campo.

Allí, entre la manada, destacándose de ella con orgullo de raza, alta la testuz, la mirada bravía, los cuernos desafiando al mundo entero, estaba el toro elegido, "Luce-ro", plantado en actitud de reto, como si supiera el papel importantísimo que iba a desempeñar y estuviera decidido a no dejarse arrebatarse por nadie su trofeo de glo-

ria, aquella moña bordada por las manos suaves y aristocráticas de la coquetísima dueña del cortijo.

En aquella misma hora el médico había abandonado la casa de Rafael Pérez de Guzmán después de haber dado a Paco Lucas la orden concreta de que su amo debía continuar en la mayor quietud y de que en modo alguno debía consentir que se levantara de la cama si no quería que sobrevinieran complicaciones que pudieran resultar fatales.

—Sigue todavía muy débil — había dicho el doctor — y en estos casos de astenia lo mejor es la quietud. Nada de imprudencias. Mañana volveré a verle.

Paco Lucas había asentido, dando a entender que cumpliría estrictamente las órdenes que se le daban. Despidió al médico y a su ayudante, y al volverse, dispuesto a subir al cuarto del herido, se quedó plantado en medio del recibimiento, mirando asombrado como si viera una aparición o como si el cielo fuera a derrumbarse sobre él.

—¿Qué haces ahí pasmado? — le preguntó Rafael que, vestido y dispuesto a salir a la calle bajaba las escaleras apoyándose un poco vacilante en el pasamano, pero teniendo en el rostro la decisión ca-

racterística de quien suple con vigor moral la falta de fuerza física—. Anda, vamos, déjate de quedarte como un tonto, y ve a preparar los caballos—ordenó, en tono que no admitía réplica.

—¿Los cabellos, digo, los caballos? — balbuceó Paco Lucas tembloroso.

—Los caballos, sí, los caballos, so idiota... pero al minuto... ¿has entendido? Antes de una hora tengo que estar en "Los Corales"... ¿No me has oído?

—Sí, señor, que le oigo y muy bien, que gracias a Dios no soy sordo y usted grita como si yo lo fuese... Pero es que... el médico ha dicho que no puede usted levantarse... que tiene usted la... la... la tenia... eso es, que debe ser algo muy malo...

—¿Que tengo la tenia? — preguntó Rafael, sin comprender—. ¿La solitaria?...

—Eso, naturalmente, la solitaria debo de ser... que no puede usted ver a nadie ni ir a ninguna parte...

—Mira, no digas más tonterías y haz lo que te mando... si no quieres que...

Hizo además de arrojarle a la cabeza un jarrón que tenía al alcance de la mano, pero Paco Lucas salió a cumplir las órdenes de

su amo, seguro de que éste tenía trato hecho con el diablo, porque a pesar de moverse no le sobrevenían todos aquellos males que el médico había profetizado.

En "Los Corales" había ya gran animación. Los invitados iban llegando y el cortijo adquiría todo su carácter campero al verse repleto de Amazonas y Caballistas vestidos a la usanza andaluza, con sus grandes sombreros de anchas alas y los pantalones de cuero y las altas botas adornadas con espuelas de plata.

Don Lorenzo y Eugenia hacían los honores de la casa y atendían a todos con su característica amabilidad y con su arte señorial de quienes están acostumbrados al trato del gran mundo y saben cómo ha de ser tratado cada uno de sus invitados para darle la sensación de que es él precisamente quien más realiza la fiesta con su presencia.

En un momento en que don Lorenzo pudo hablar a su sobrina, le dijo, muy satisfecho:

—¡Ya estarás contenta, chiquilla!... Tenemos aquí a lo mejorello de la aristocracia sevillana...

—Sí, desde luego, sólo que el único que no ha podido venir es Rafael... Se encuentra enfermo...

—Lo siento... y me alegro al mis-

mo tiempo, porque con su carácter bravucón y empeñado, hubiera sido capaz de cometer cualquier temeridad...

El tío se alejó y una de las amigas de Eugenia, dijo, señalando en determinada dirección:

—Ahí viene Paquiro... Desde que ha llegado no te quita el ojo, chiquilla.

—¿Sí?... ¡No me digas!—rió Eugenia, muy coqueta, arreglándose el pelo con la mano.

Paquiro llegó hasta ellas y saludó con aquella franqueza campechana que le era habitual:

—Buenas tardes, señorita Eugenia y la compañía...

—Buenas... De usted estábamos hablando...

—¿De mí?... ¿Y se puede saber de qué?

—Nada malo...

—Suerte la mía, merecer buenas palabras de personas tan principales—replicó Paquiro sin dejar de mirar a Eugenia.

—¿Quién cree usted que se va a llevar la mofa que lucirá "Luce-ro"?—preguntó ésta un tanto provocativa.

—¿Al final... al final...?—inquirió Paquiro con mucha intención.

—No pretendo averiguar tanto... Digo que quién arrancará al "Luce-ro" la mofa que yo he bordado...

Paquiro se acercó más a Eugenia al ver que sus amigas se alejaban para ir a saludar a nuevos invitados que llegaban, y le dijo en un tono casi confidencial, devorándola con los ojos:

—Yo se lo diré a usted, señorita... Se la va a arrancar un hombre que está esperando una sola palabra de cierta boquita preciosa... Y se la dará a la mujer que le tiene alucinado con el brillo de sus ojos, que prometen, prometen... y sólo hacen que prometer.

—¿Quién sabe si la hazaña de hoy tendrá su premio!—rió Eugenia, mirando provocativa al torero. Y luego, en rápida transición, le dijo, echándole al rostro la frase:

—¿Ya sabe usted que no viene Rafael?

—Eso me han dicho... y lo siento. Sobre todo que él me había dado a entender que... Pero ¡bah!... es más fácil hablar en el café...

Le quedó cortada la frase en el aire y sus ojos reflejaron la mayor sorpresa quedando fijos en la puerta del cortijo, como si hubiera allí algo que no sólo llamara su atención, sino que le dejara paralizado.

Siguió Eugenia la mirada del torero, extrañada del brusco cambio de expresión de éste, y de sus labios salió una ahogada exclamación:

—¡Ah!...

Allí, jinete en brioso corcel, gallardo, altanero, un poco pálido, pero con los ojos desafadores, bravíos, serenos, estaba Rafael, vestido admirablemente con su traje campero que afeitaba aún más su silueta y le daba un aire más distinguido y aristocrático. Todos los ojos se habían clavado en él, porque todos sabían que estaba herido y que no podría asistir a la fiesta, y su presencia ponía un nuevo alicate en los corazones.

Alvaro y don Lorenzo se adelantaron a él presurosos, y Alvaro, muy serio, con un pliegue en la frente de mal augurio, le dijo, reprimiendo la indignación que sentía:

—¡Pero Rafael!... ¿Estás loco?... ¿Por qué te has levantado?... ¿Cómo has venido?

—¡Sí ya me encuentro perfectamente!—replicó Rafael sonriendo.

—Yo creo que has cometido una imprudencia... y una locura...—afirmó Alvaro, pensando en su hermana y en las consecuencias que pudieran sobrevenirle a Rafael.

Este había hecho avanzar a su caballo hasta pocos pasos del lugar donde estaba Eugenia, y saludándola con una sonrisa llena de promesas, le dijo:

—Perdone mi retraso... No ha sido culpa mía...

—Lo sé... y sé también que es una temeridad que haya venido usted.

—No tiene importancia... ¡Todo antes que faltar a una invitación suya!

—Es una locura... pero no tengo más remedio que disculparla... y darle las gracias por ella—replicó Eugenia muy halagada y muy coqueta.

Paquiro se adelantó y saludó a su rival:

—Bienvenido, don Rafael... Me alegro que no haya sido nada lo de la otra noche...

—Gracias, Paquiro... Me encuentro en perfecto estado y dispuesto a combatir...

—Bien, ya que estamos todos—dijo Eugenia—, voy a avisar para que la fiesta comience.

Alejóse la muchacha, y Rafael, encarándose con el torero, le dijo en tono significativo:

—Parece que miras muy alto, Paquiro.

—¡Y por qué no voy a mirar?

—Porque puedes cegarte...

Hizo encabritar a su caballo, dió media vuelta perfecta y salió al trote detrás de todos los jinetes que comenzaban a desfilar hacia el

campo donde había de tener lugar la capea.

Dió comienzo la fiesta con el capeo de algunos becerrillos que dió lugar a que lucieran sus dotes taurinas unos cuantos muchachos de la aristocracia, algunos muy acertados y otros dejándose revolver por el suelo por las reses, lo que provocaba la hilaridad de los espectadores.

Aquello no era más que la preparación para el gran número final, para el lanzamiento al ruedo del "Lucero" que llevaba clavada en la testuz la moña bordada por Eugenia y que había de ser entregada, por quien consiguiera arrebatársela, a la mujer elegida de su corazón.

El público se sentía muy animado y los espectadores comentaban las posibilidades del lance, ya que todos habían visto a "Lucero" y habían podido notar la corpulencia y valor del toro que parecía querer desafiar a todos con la altivez de su mirada que se fijaba en ellos desde lo alto de su poderío viril.

Cuando don Lorenzo estimó que la capea de los becerros podía darse ya por terminada, preguntó a su sobrina, que estaba junto a él en una de las gradas construídas en torno a la plaza:

—¿Doy ya la señal para que suelten a "Lucero"?

—Cuando quieras, tío.

Agitó don Lorenzo un pañuelo, sonó el clarín, se despejó el ruedo como por encanto al escuchar el toque claro del clarín, y salió al ruedo, altivo, retador, soberbio, el hermoso ejemplar escogido para aquel trance difícil en el que habían de ponerse en juego el valor y el arrojo de los presentes.

"Lucero", como dueño y señor del campo, se quedó parado en medio del ruedo, mirando a las gradas, como esperando a que alguien se atreviera a salir a disputarle el terreno, seguro de sí mismo, confiado en que nada ni nadie le podría vencer, y allí permanecía con la cabeza erguida, desafiante, y agitando de vez en cuando la testuz, como si quisiera hacer lucir mejor la moña que en ella llevaba clavada y que no estaba dispuesto a dejarse arrebatar.

Hubo unos momentos de emocionante silencio. Paquiro fué quien primero se levantó y saltó al ruedo provisto de su capote, ceñido el pantalón, apretada la faja en torno a la cintura, culebreante el cuerpo ágil acostumbrado a las lidias feroces y al arte del ruedo que él, como nadie, había domina-

do hasta electrizar a todos los públicos.

Pero no había tenido el torero tiempo de llamar al toro con su capote, cuando Rafael, que desde el instante en que vió a Paquiro bajar al ruedo se había puesto nerviosísimo, se desasíó de los brazos de Paco Lucas que intentaba sujetarle, y rápido, a lo loco, brincó al ruedo, citó al toro con un par de pases magníficos y con un quiebro de perfecto profesional, dando todo el cuerpo, y lanzándose sin miedo, arrancó la moña de la testuz del animal, y la agitó triunfalmente en la mano entre el aplauso entusiasta de los invitados que daban gritos de admiración por la magnífica labor realizada por el caballero.

Eugenia, puesta en pie sobre su asiento, emocionada, brillantes los ojos, entreabiertos los labios por la respiración anhelante, aplaudía con ardor mientras Rafael, sonriente, se adelantaba hasta la barrera, la saludaba con gallardía y le arrojaba a las manos, delante de todos, como una declaración pública de amor, aquella moña disputada valientemente al mejor torero de la época, en un alarde extraordinario de valor y de maestría taurina.

En el momento de entregar a

Eugenia aquel trofeo que era como una suprema ofrenda de amor, Rafael sintió que las fuerzas le abandonaban y cayó desvanecido, a tiempo que Eugenia, que se había dado cuenta de la palidez mortal que cubría las mejillas del héroe, le sostenía entre sus brazos privado de sentido.

Unas horas después, los invitados charlaban y refán en torno a las mesas donde se les servían unas cañas de manzanilla y unos bocadillos, olvidados ya del pequeño percance sufrido por Rafael y comentando únicamente la gran hazaña que éste había realizado.

También los criados se divertían en aquella fiesta que don Lorenzo había sabido organizar a fin de que a nadie le faltara su parte de bullicio, y Paco Lucas, muy entusiasmado con los encantos de Rosiña, la doncellita de Eugenia, esperaba su paso con las bandejas en las que iba sirviendo a los invitados para requebrarla y decirle todas esas cosas bonitas que saben siempre decir los mozos a las mozas:

—Adiós, preciosidad... Mira de no caerte, que esos piececitos finos no son para aguantar tanto peso...

—Pues no soy tan pesada como otras que tú cortejas—replicó la doncellita muy pizpireta—. Ade-

más, no me gusta hablar con gente presumida como tú...

—No te enfades, alhaja... ¡Con la falta que me hace que me miren buénamente las mujeres!

—Pero... ¿las mujeres de respeto?—preguntó Rosiya haciendo un gesto muy significativo que marcaba las curvas de las "jamonas".

—No. Yo no quiero viejas... ni niñas tampoco... Un término medio, como tú...

—¿Será verdad que te estás volviendo formal?

—Una personita jacarandosa y alegre podría llevarme a mí al buen camino.

—Buena falta te hace... ¡Andas tú muy descarriao!

—¿Cómo voy a andar, si no tengo el descanso de un cariño?—murmuró Paco Lucas, acercándose más y más a la doncellita.

—¡Eh, no seas tú el que te caigas, zaragatero!—exclamó ésta, apartándose—. Si quieres tomar unas cañas pasa al zaguán trasero de la casa... que también ahí dentro tenemos nuestro poco de juerga.

—¡Allá voy, Rosita temprana!—dijo Paco Lucas, siguiéndola embelesado.

En torno a las mesas, los invitados seguían comentando el suceso sensacional del día: el heroico ras-

go de Rafael al arrancar, en un pase magistral, la moña clavada en la testuz de "Lucero".

—Yo creo que lo que ha hecho Rafael ha sido una verdadera casualidad—decía uno a quien le costaba trabajo disimular su envidia.—¿Qué opinas tú, Paquiro?

—Yo creo todo lo contrario, señores—replicó el torero en voz alta y con franca nobleza—. Don Rafael me ha vencido en buena lid, porque tiene mucho corazón, y es corazón lo que se necesita para torear bien. Si don Rafael se lo propone, llegará muy lejos.

—Por lo pronto ya está recogiendo los laureles...—comentó con intención otro de los invitados señalando con un gesto el grupo formado por Rafael y Eugenia que, apoyados en el porche, bajo el emparrado, conversaban animadamente y en un tono confidencial.

—Lo que has hecho, Rafael, ha sido una brillante hazaña—decía la muchacha, mirando amorosamente al caballero.

—Esas palabras son ya una recompensa...—murmuró él, agradeciendo con la mirada la que ella le lanzaba.

—¿Una recompensa... suficiente?—inquirió Eugenia con coquetería.

—No, eso no... Aspiro a más... a mucho más...

—¿Tan ambicioso eres?

—No sé si será ambición... Sólo sé que... que no me bastan unas palabras...

—Dime—interrogó la muchacha cambiando de tono, porque le parecía que hubieran ido demasiado lejos siguiendo en aquel terreno—, ¿te encuentras ya por completo restablecido?

—Sí, completamente. Lo de esta mañana no ha sido más que una cosa pasajera. Me encuentro con más energías que nunca.

Eugenia le volvió a mirar amorosamente y luego, tras un breve silencio, dijo en voz muy baja y llena de halagadoras promesas:

—Pues entonces, la moña de "Lucero" adornará esta noche cierta reja de Sevilla... y en la reja habrá una mujer que sabrá apreciar el homenaje de un valiente...

—¡Gracias, Eugenia! — replicó Rafael visiblemente emocionado.

Aquella conversación había sido escuchada por Alvaro, el hermano de Elvira, quien, al oír aquellas palabras insinuantes y aquellas promesas, se alejó del lugar donde estaba escondido llevando en sus ojos el reflejo de una terminante resolución.

* * *

Aquella misma noche, dos mujeres velaban por un solo hombre, dos mujeres suspiraban por un solo corazón; dos mujeres se agitaban por un mismo sentimiento: Elvira, que, nostálgica y melancólica, pensaba en su novio, al que creía enfermo, y Eugenia, que, asomada a su reja, esperaba con ansia al caballero que en aquellos instantes contaba con su favor de chiquilla frívola y coqueta.

Elvira sufría por un mal no existente; Eugenia gozaba por un amor que aún no había despertado en su corazón. Elvira pensaba que aquella noche no tendría el consuelo de la charla a través de la reja, porque su novio estaba herido y condenado a una absoluta inmovilidad. Eugenia pensaba que aquella noche el caballero se acercaría a su reja y le diría palabras dulces, sabrosas, llenas de ternura y de promesas y que su vanidad de mujer quedaría colmada por el homenaje que le tributaría el que era admirado por todo Sevilla por su bravura y su arrojo.

Rafael llegó a la hora señalada al pie de la reja de la moza y, cogiéndole las manos que ella tenía apoyadas en los hierros, entre las flores que la adornaban, le preguntó amorosamente:

—¿De veras estás satisfecha por lo de esta mañana?

—¿Cómo no he de estarlo? Después de tu rasgo de valor, sólo he echado de menos la presencia de miles de personas que te aclamaran como mereces.

—¿De veras te hubiese gustado verme triunfar delante de un público numeroso?

—Sí. Tu valentía y tu arte son dignos del aplauso de las multitudes.

—Pues si a ti te gusta, me aplaudirán, chiquilla, te lo prometo—dijo Rafael con vehemencia.

—¿Qué quieres decir? No hagas locuras. Una cosa es que yo crea que tú puedes aspirar al triunfo, a la gloria, que es luz que se derrama también sobre las personas queridas, y otra cosa es que...

—¿Pero a ti te ilusiona ese ideal?—interrumpió Rafael.

—Sí, me ilusiona, a qué ocultártelo. Mas comprendo que, dada tu condición, procediendo del linaje que procedes, no puede ser...

—Pues será... Yo lo único que quiero es darte gusto en todo... Será... Cosecharé más aplausos que nadie, para brindártelos a ti como te brindo mi corazón.

—¿De veras?

—Te lo prometo.

Se quedaron mirándose amoro-

samente a los ojos y se estrecharon las manos, perdiéndose en el dulce éxtasis de su amor.

Un embozado, agazapado en las sombras de la calle, presenciaba en silencio la escena y esperaba, dominando su impaciencia, a que ésta tuviera fin.

Eugenia fué la primera en reaccionar de aquel abandono en que ambos habían quedado, y dijo, retirando sus manos y disponiéndose a cerrar la ventana:

—Márchate, Rafael, es ya muy tarde y mi tío me estará echando de menos... Vuelve mañana...

—Adiós, Eugenia, hasta mañana... —repitió Rafael, alejándose pesaroso de aquella reja en la que quedaban prendidos su alma y sus sentidos.

Caminó lentamente calle abajo y, al cruzarse con el embozado, éste, después de haberle dejado pasar, le siguió los pasos. Un tercer personaje, que hasta entonces se había mantenido agazapado en la oscuridad del quicio de una puerta, salió en pos de ambos procurando no ser visto.

El embozado, cuando hubieron cruzado una esquina y ya alejados de la casa de Eugenia, se acercó a Rafael y se descubrió, corrándole el paso.

—¿Alvaro!—exclamó Rafael, re-

conociéndolo—. ¿Venías siguiéndome?

—Sí. Quiero hablar contigo como estamos ahora, a solas los dos, sin testigos. ¿No te figuras qué es lo que quiero decirte? — preguntó Alvaro en un tono y un gesto que no ofrecían lugar a dudas.

—Sí—contestó Rafael con sinceridad.

—¿Y qué contestas?

—A quien pregunta en esa forma, nada—replicó Rafael con altiva arrogancia.

—Te estás mofando vilmente de mí hermana. ¡No eres un caballero!

—¿Alvaro, mira lo que dices!

—Repito mis palabras: no eres un caballero... No reclamo para Elvira un cariño que, siendo tuyo, resulta indigno de ella... sólo deseo una reparación de tu infamia... Aquí traigo armas... Elige.

—Si te empeñas en ello, cualquiera, a mí lo mismo me da—dijo Rafael, tomando una de las espadas que Alvaro le presentaba.

—¡En guardia!—gritó Alvaro.

Brillaron los aceros siniestramente y se escuchó su chocar duro y metálico que vibraba en el silencio de la noche como un gemido amenazador. Paco Lucas, que era quien había seguido a los dos que hoy resultaban enemigos, se apre-

suró a correr hasta casa de Eugenia y dió la voz de alarma, consiguiendo que don Lorenzo le acompañara hasta el lugar no lejano en donde los dos hombres sostenían enconada lucha.

—¡Alto, señores!—les gritó con voz potente y con un gesto de noble dignidad—. Por favor... y por mis años y mi autoridad y mi nombre... les ruego que cese la contienda.

—¿Lo exige usted? — preguntó Rafael, quedándose con el acero en alto, deteniendo el golpe que iba a descargar.

—Lo exijo... y lo suplico—dijo don Lorenzo.

Alvaro y Rafael entregaron al caballero sus espadas, se miraron llenos de rencor, y Alvaro, inclinándose ante don Lorenzo con respeto, se irguió altivo ante Rafael y le dijo:

—¡Nos veremos!...

Estaba decidido a lavar con sangre la afrenta que Rafael había hecho a su hermana, y, en cuanto se encontró en su casa, fué a ella y le contó todo lo sucedido y su propósito de llevar al campo del honor el asunto en litigio.

—Es una locura, Alvaro, una locura — decía la desdichada Elvira, que, dentro de su corazón, hallaba una disculpa para Rafael y le per-

donaba su liviandad, porque era muy grande el amor que le tenía—. Hazlo por mí, te lo ruego, renuncia a ese desafío...

—¿Te ha ofendido y tiene que pagarlo!—insistía Alvaro con terquedad ciega.

—¿Pero no comprendes que es horrible que por mi causa vayas a exponer tu vida? Pase lo que pase... yo seré la víctima...

—¿Quieres que deje sin castigo la conducta de ese hombre?

—Lo que quiero, lo que espero de ti es que olvides... como estoy dispuesta a olvidar yo — contestó la niña con mansedumbre y resignación—. ¡Por la memoria de nuestra madre te pido que no provoques mayores desgracias!

—Prométeme que no pensarás más en ese hombre, que no merece tu cariño. Prométemelo y cederé a tu ruego...

—Te prometo no volver a hablarle... si es que algún día...—murmuró Elvira, haciendo esfuerzos valerosos por no romper a llorar.

Alvaro la abrazó con ternura, la acarició suavemente y le dijo:

—Así me gusta oírte... Y ahora anima esa carita... ¡Fuera penas!... Que yo te vea sonreír. Así, así...

Elvira trataba de sonreír, pero su alma se iba angustiendo, angustiendo, tanto, que ya no pudo más,

y hundiendo su frente en el pecho de su hermano, rompió en desgarradores sollozos por los que se escapaban todo el dolor del desengaño y toda la amargura de unos celos que la destrozaban con su garra cruel y poderosa.

Rafael Pérez de Guzmán, como falena dorada, se había dejado atraer por la luz y se estaba quemando en ella cegado por su resplandor. Eugenia había vencido. Por darle gusto, por crecer a los ojos de su amada, por conseguir la gloria y el triunfo en los que ella soñaba, se había lanzado al toreo y había recogido no pocos aplausos en las plazas de Sevilla, primero, y, luego, en las de toda Andalucía, para hacerse pronto un nombre que resonó de triunfo en triunfo por toda España. Fué Paco Montes (Paquiro), quien le dió la alternativa, y pronto completió con aquel torero, el mejor de su época, llegando casi a eclipsar su gloria.

Eugenia, halagada por el esfuerzo hecho por Rafael, plena su vanidad por los laureles que él recogía y que venía a ofrecerle, rendido, a sus pies, se dejaba querer por el hombre que estaba de moda, que iba de boca en boca sólo para reci-



Bailaban las parejas con la delicada elegancia...



—Rafael, hasta posada mañana...



...una de las floristas puso una flor en el pecho de Rafael...



—Vaya usted, aunque sólo sea un minuto...



—¡Ay, Rafael!... Si me engañaras, si me fallaras tú...



—¡Te ha ofendido y tiene que pagártel!



—¡Si me la hubiera quitado por caridad!



—¿usted se lamenta por una mujer que le va a trastornar los sentidos?..



—Las órdenes son terminantes.



—Desgraciadamente, yo no puedo hacer nada en el asunto.



—¿Recurrir yo a esa mujer? ¡Nunca!



—¿Sucede algo, Paco Lucas?



—Usted no le quiere al lo ha querido nunca!



—Eh, antes de seguir conversando quiero pedirte perdón.



—Tu situación me preocupa mucho más que la mía.



...a rezarle a la Virgen en acción de gracias.

bir halagos y felicitaciones y que en toda España era conocido y estimado. Y Rafael, cada vez más cegado, cada vez más seguro de un cariño que no existía, cada vez más creído que Eugenia le amaba por él mismo y no por vanidad y por coquetería, se dejaba llevar y traer a todo capricho por aquella chiquilla frívola que gozaba sólo por la vanagloria de ser amada por el caballero famoso que habíase convertido en torero por su amor.

Pero no era Eugenia muchacha para dejarse dominar por nadie, ni aun por su propio corazón, que, a decir verdad, ni siquiera había llegado a descubrir si existía dentro de su pecho de hielo, y, al mismo tiempo que daba alientos y esperanzas a Rafael, iba siempre mirando en torno suyo en busca del galán que pudiera ofrecerle mayores ventajas o, por lo menos, más honores que los que un torero pudiera darle, aunque este torero se llamara Rafael Pérez de Guzmán y fuera de una de las más linajudas familias andaluzas.

Aquella tarde paseaban por el cortijo los dos novios, contemplando la belleza del campo andaluz.

—A mí me gusta mucho la faena del campo, ¿y a ti?—preguntaba Eugenia a su novio mientras veía a

los campesinos dedicados a sus actividades.

—A mí también... pero más me gustas tú.

—¡Exagerado!—rió ella, coqueta.

—No exagero, Eugenia. Te quiero como no he querido nunca...

—¿Ni siquiera a tu última novia?—inquirió ella, curiosa e incisiva.

Quedóse Rafael un instante pensativo, como si algo le doliera en su interior, y replicó de un modo vago y evasivo:

—¡Aquello era distinto!...

Viendo Eugenia que había levantado evocaciones que debían quedar dormidas en el rincón más oscuro del corazón de Rafael, cambió el derrotero de sus pensamientos, diciéndole:

—Ayer estuviste magnífico. Todas mis amigas te admiran... y me envidian...

—Y tú, que eres la única que me importa, ¿qué opinas?

—Yo te admiro más que todas ellas... Tienes ya tantos partidarios como Paquiro. El público comienza a discutir cuál de los dos es el mejor...

—Lo malo es que todo esto me quita tiempo para estar contigo y me aleja de tu lado con demasiada frecuencia.

—No tanto... Siempre son pocos días... Y, en cambio, cuando vuelves con nuevos triunfos, parece como si nuestro amor hubiera crecido... ¿Quieres que entremos en casa? Hace ya demasiado rato que estamos paseando por aquí y nuestros invitados deben comenzar a murmurar...—rió Eugenia.

Entraron de nuevo y al llegar al salón saliólos al encuentro don Lorenzo que presentó a Eugenia un recién llegado, un joven elegante, distinguido, simpático.

—El marqués de Olivares, hijo de un íntimo amigo, de quien te he hablado muchas veces — dijo don Lorenzo a su sobrina. Luego añadió, presentando a los que llegaban:

—Mi sobrina Eugenia, don Rafael Pérez de Guzmán.

Estrechó el marqués la mano de la muchacha, mirándola con agrado y detención, y, al saludar a Rafael, le dijo:

—Me alegro infinito de conocerle. En Madrid se habla mucho de usted y de sus proezas.

Rafael sonrió sin ganas; sin saber por qué aquel individuo se le hizo antipático, con esa antipatía que brota espontáneamente cuando se teme haberse enfrentado con un rival peligroso.

—Don Fernando viene por pri-

mera vez a Sevilla y desgraciadamente sólo estará aquí muy pocos días...—dijo el tío a su sobrina.

—¿Vive usted en Madrid? — inquirió ella, ya entregada por entero al forastero y olvidándose de Rafael, que puso el gesto huraño y molesto.

—En Madrid viven mis padres... Yo paso largas temporadas en Londres y París... ¿Me permite el honor de ser su pareja en este baile que preludia la orquesta? — preguntó el marqués, ofreciendo su brazo a Eugenia.

—Con mucho gusto — contestó ella sonriente—. Con tu permiso, Rafael...

Se alejó con su nuevo caballero y se entregó alocadamente al placer de la danza mientras Rafael se llenaba de rabia y de celos y tuvo que salir a la terraza para que no le descubrieran los sentimientos que estaban atormentando su corazón.

Terminado el baile, Eugenia le buscó entre los invitados y, no hallándole en el salón, salió también a la terraza para ver si allí estaba. Acercóse a él y le preguntó apoyando su mano en el brazo de Rafael, que estaba perdido en sus dolorosas divagaciones:

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Esperaba que terminara el baile.

—Vamos, Rafael, se razonable... no tienes motivos para enfadarte... —dijo Eugenia, notando en el tono de la voz de su novio que estaba indignado por su conducta.

—No lo puedo remediar, es superior a mis fuerzas... —replicó éste, ya un tanto desarmado por la mirada de la muchacha, que sabía halagar y convencer—. Cuando te veo charlar y reír con alguien, como ahora con ese desconocido, me dan ganas de...

—¿No comprendes que yo tengo que hacer los honores de la casa?— interrumpió ella—. Son compromisos inequívocos que tenemos que cumplir los que vivimos en sociedad.

—Pero quizá tú los cumples con excesiva complacencia...

—No voy a ser un ogro con la gente, sólo porque a ti se te antoje estar celoso... Vamos, no seas niño... Mañana iremos a la Cruz de Mayo. ¡Verás cómo nos divertimos! ¡Y ahora a bailar!

Le cogió del brazo y mirándole amorosamente, hasta el punto de hacerle olvidar todas sus penas, se lo llevó al salón y bailó con él el vals que estaba ejecutando la orquesta.

* * *

Los triunfos de Rafael Pérez de Guzmán como torero eran vivamente comentados por la afición y pronto se formaron los grupos eternamente rivales: los partidarios de Rafael y los partidarios de Paquirro que a diario levantaban algazaras y discusiones defendiendo cada uno de ellos sus puntos de mira y haciendo que su protegido fuera el más grande de todos los toreros, no consintiendo que nadie le pudiera igualar y buscando siempre las comparaciones enojosas y las frases ofensivas para su contrario.

Lo mismo en la plaza de toros que en el café o en la tasca o en la calle, "paquiristas" y "rafaelistas" estaban siempre dispuestos a enzarzarse en discusiones inacabables y en disputas que muchas veces resultaban agresivas porque se llegaba incluso a persuadirse unos u otros a fuerza de puñetazos o de estacazos si a mano venía.

Y los cantaores también intervenían e improvisaban coplas como ésta:

*Se llama don Rafael
y es rico y es caballero,
hoy Sevilla mira en él
al más valiente torero.*

También llegaban hasta casa de Elvira los triunfos del caballero to-

rero, y ella sufría en silencio, sabiendo como sabía que si se había lanzado a aquella peligrosa profesión era porque su rival le había empujado a ello.

Aquella tarde estaban reunidas en casa de Elvira unas cuantas amigas que habían ido a hacerle compañía y una de ellas, así, como por casualidad, habló de Rafael.

—Ayer le vi en la fiesta que dieron en casa de Eugenia. Por cierto que no parecía estar muy satisfecho... — dijo, mirando a Elvira para ver el efecto que le causaban sus palabras.

—¡Cuando pienso que se está jugando la vida a cada momento!— suspiró Elvira a la que angustiaba de un modo inenarrable saberle siempre en peligro.

—¡Bah, tonta eres de quitarte el sueño por quien se luce al lado de otra...!— exclamó otra de las amiguitas de Elvira.

—Tal vez tengas razón, pero no lo puedo remediar. Todas las mañanas voy a rezar a la Virgen para que le salve de tantos peligros. No porque él haya dejado de quererme tengo que olvidarlo yo...

—¡Allá tú, hijita!... Pero yo te aseguro que Rafael va a tener su merecido, porque Eugenia admite los galanteos de todos. Yo creo que es de esas que no quieren a nadie...

—Eso es lo que a veces pienso yo... y aún me da más pena... ¡Si me lo hubiera quitado por cariño! ¡Pero sólo por un capricho pasajero!...—suspiró Elvira con amargura.

Pero escuchando los pasos de su hermano, que se acercaba, suplicó:

—No hablemos más de esto... así lo ruego... Viene Alvaro y a él no le gusta oír hablar de Rafael.

Alvaro pasó por el patio acompañando a tres caballeros a quienes despidió en la cancela con toda atención.

—¡Cuántas visitas recibe tu hermano!—comentó una de las muchachas.

—Sí; desde hace unas semanas está muy atareado.

—¡Al fin me han dejado tranquilo!— exclamó Alvaro, acercándose al grupo de muchachas después que hubo despedido a sus amigos—. Pero ¿qué es esa carita de tristeza, Elvira?... ¿Hasta cuándo vas a estar preocupada por..?

—No, Alvaro, no es lo que tú te imaginas... Ahora quien me preocupa eres tú—interrumpió Elvira.—Desde hace algún tiempo te veo metido en asuntos que ignoro, recibiendo constantemente visitas de gentes a las que no conozco, como si tramais algo anormal, que yo no acierto a comprender...

—¡No seas chiquilla!... Los que vienen a verme son amigos y sólo tratamos de la compra de unas fincas... Es un negocio muy importante para mí.

—Sí es así...

Se interrumpieron por las exclamaciones de las muchachas que habían visto cómo se escapaba de su jaula un pajarito de los que doña Pastora estaba cuidando, y todas siguieron con la mirada al animalillo que, sintiéndose en libertad, había emprendido rápido vuelo surcando el espacio con alegre piar.

—¡Qué lástima! — exclamaban las chicas.

—Puede que vuelva solo...— comentó una.

Y Elvira, mirando a lo infinito, murmuró como si hablara consigo misma y no se refiriera precisamente al pajarillo:

—¡No volverá!...

Mientras ella lanzaba aquella exclamación que iba toda dirigida a Rafael, éste, que seguía cegado por el fuego de una pasión que no era más que un fuego fatuo que a sus ojos de enamorado había adquirido la potencia de un volcán, llamaba a la puerta de la casa de Eugenia, yendo en su busca para ir a celebrar la Cruz de Mayo, como ella le indicara la tarde anterior.

—La señorita no está en casa— le dijo el criado que acudió a su llamada.

—¿Ha salido ya?

—Sí; salió con don Lorenzo y ese señor forastero que vino ayer... La señorita se encargó le dijera a usted que lo esperaba en la Cruz de Mayo...

—Está bien... gracias...— balbuceó Rafael que volvía a sentir en su corazón la venenosa mordedura de los celos.

Se encaminó cabizbajo y pesaroso hacia la casa donde se celebraba la Cruz de Mayo, la típica y sabrosa fiesta andaluza, y llegó allí cuando el grupo de muchachas bailaba las sevillanas al compás de las castañuelas y las guitarras. Miró el cuadro bellissimo de la danza, llena de luz y de color, las faldas de las jóvenes abriéndose como enormes corolas multicolores a cada paso y revuelta del baile, los lazos de las castañuelas agitándose en el aire en alegres remolinos, los claveles que estallaban en el pecho de las mozas o se enredaban en las guedejas negras y ensortijadas, y todo bañado por el sol que trenzaba sus rayos en aquella sinfonía de colores para darle mayor vivacidad y más fuerza sugestiva, y, a pesar de la alegría de la escena, de la vitalidad que en ella vibraba, Rafael

se sentía triste y angustioso como si asistiera a un funeral. Buscó a Eugenia con los ojos, la vió sentada junto a Fernando y su amargura subió de punto.

Acercóse a él Eugenia un poco nerviosilla y apesadumbrada al ver el rostro pálido y severo de Rafael, y le dijo aturdida y precipitadamente:

—Perdona que no te hayamos esperado en casa... pero como te retrasabas...

—¡Claro, no quisiste impacientarse al marqués!—interrumpió Rafael mordiendo las palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Eugenia, esto no puedo seguir así... Quiero hablar contigo más seriamente que nunca...

—Casi me das miedo—se burló ella con cierto disimulo.

—A mí sí que me da miedo pensar que todo esto pueda ser mentira... Eugenia, es preciso que nos casemos...

—Pero... ¿tan pronto?—inquirió ella, sorprendida y sobresaltada, pues no había querido ir tan lejos en sus coqueteos con el torero.

—¡Cómo, tan pronto!—gritó él, indignado.

—¡Chist... no te exaltes! Hay que dar tiempo al tiempo...

—¡Esperar, siempre esperar!...

—Es preciso tener paciencia,

Rafael... Oye, mañana no podremos vernos, porque tengo que ir al convento de las Clarisas a llevarles el donativo de este año. Me entretendrán toda la tarde... No vayas a casa, que no me encontrarías... Y ahora, acompáñame a tomar una cañita.

Así, entre una mirada de cariño y unas frases de desaliento, Eugenia sabía tener siempre en tensión a Rafael y le manejaba a su antojo, como a un chiquillo, dominándole fríamente, con la frialdad de la mujer calculadora que no suelta prenda hasta tener asegurada en su mano la que en realidad le interesa.

Cuando Rafael volvió a su casa se encerró en su cuarto y se dejó caer en el sillón abrumado por la pesadumbre. Eugenia le desconcertaba y, cuanto más veía que ella se alejaba de él, con más fuerza la deseaba y la quería.

Paco Lucas, que había entrado para poner en orden algunas cosas, viendo que su amo no le dirigía la palabra y que estaba sumido en negros pensamientos, le preguntó, mirándole de soslayo para adivinar, más por su gesto que por la contestación que pudiera darle, qué era lo que le pasaba:

—¿Está usted malo, señorito?

Rafael contestó que no con un gesto displicente y Paco Lucas,

dando un hondo suspiro, siguió diciendo:

—¡Ay, señorito, usted se atormenta por una mujer que le va a trastornar los sentidos, mientras hay otra que sufre y se atormenta por usted!... ¡Así es la vida!

—¡Cállate! —ordenó Rafael de muy mal talante.

—Me callo... ¿Sabe usted una cosa, don Rafael? Esta mañana he visto a la señorita Elvira más bonita que nunca... Mismamente parecía la Virgen de la Macarena...

—¿Quieres callarte? —volvió a decir Rafael, de pésimo humor.

—Me callo—afirmó Paco Lucas, sin ninguna intención de callar, pero haciendo un esfuerzo para que su amo no le arrojara a la cabeza algún objeto contundente.

Rafael se paseaba por la habitación tratando de calmar sus nervios y de pronto se paró frente a su criado y le preguntó, al ver que éste seguía callado:

—¿Has hablado con ella?

—¡Yo!... ¡No, señor!... ¡Cualquiera se acerca!... Iba camino de la Catedral... ¡y si viera lo bonita que estaba!... Un poco más delgada, eso sí, y más pálida... Parecía la imagen del dolor... ¡Ay, es que las penas quitan las carnes!

—Penas te daría yo a ti, para ver si te callabas—rezongó Rafael.

—Y basta de conversación... No quiero saber nada de lo que no me importa...

Rafael salió a la calle para calmar su nerviosismo y, al pasar por uno de los jardines sevillanos, se cruzó con un grupo de amigos, y éstos se detuvieron, saludándole con algazara.

—¡Dichosos los ojos que te ven, Rafael!

—Ya no te dejas ver ni en el café, ni en la calle, ni en parte alguna.

—¡Es preciso ir a la plaza para poderte ver!

—Por esta razón no voy a ninguna parte... Tengo que madrugar para practicar en el campo con los toros, y para madrugar no se puede ser trasnochador... Cuando no practico, toreo en alguna plaza, y tengo que ir de un lado para otro para cumplir mis compromisos... Mi vida ya no es lo que era...

—Y como el poco tiempo que te queda libre te lo absorbe cierta personita... —comentó riendo uno de los amigos—. Por cierto, que acabo de verla con su tío y ese forastero que ha llegado de Madrid hace pocos días...

—¿Que has visto a Eugenia?... ¿Dónde?—preguntó Rafael alterado, pues había creído a pies juntillas que había ido al convento de

las Clarisas como ella le había dicho.

—Sí, les he visto camino de la Catedral...

—Pues, perdonadme, voy a reunirme con ellos, no puedo retrasarme, pues teníamos que ir juntos...

Se alejó rápidamente, con la cara contraída por honda preocupación.

Tuvo con Eugenia una pequeña discusión al encontrarla, ya saliendo de la Catedral, y acompañándola hasta los jardines del Alcázar que don Lorenzo quería mostrar al marqués.

—¿No me dijiste que irías al convento? — le preguntó, con ira mal contenida.

—No te pongas así... Tuve que aplazarlo y no pude avisarte.

—No te creo... Lo que estás haciendo es burlarte de mí, y eso no lo consiento.

—¡Estás loco! — comentó ella con desdén.

—Sí, debo estarlo... Por ti estoy arrostrando la opinión de muchos, y me he lanzado a una vida arriesgada y peligrosa... Y tú, entretanto, te diviertes con otros...

—No tienes razón para estar celoso — murmuró Eugenia, mirán-

le con aquellos ojos mimosos que desarmaban y enardecían.

—¡Es que te quiero tanto!... Ya ves, mañana tengo que salir para Madrid donde tengo un contrato fabuloso... Pues bien, por ti lo dejaría gustoso...

—No digas eso... Torear en Madrid será tu triunfo definitivo — arguyó ella, que estaba contenta de poderse deshacer por unos días de su galán.

—El triunfo que yo anhele sólo puedes dármelo tú... — murmuró Rafael, vencido ya todo su enojo, y mirando a Eugenia con ojos apasionados y sumisos.

...

Alvaro seguía sumamente preocupado con el asunto que llevaba entre manos y del que no había hablado a su hermana por temor a que ésta sufriera inquietudes que quería evitarle.

—Los partidarios de don Carlos — le dijo Enrique aquella tarde, mientras los dos amigos estaban en el balcón de la casa de Alvaro viendo los nutridos grupos que se iban formando en la plaza y que comentaban vehementemente los últimos sucesos ocurridos en diversos puntos de España — van engrosando cada vez más. Me han dicho que

ya se tiene en Sevilla conocimiento de los que forman nuestras filas, y, sin duda alguna, tu nombre y el mío figuran en primer lugar. Los sucesos de ayer, en Málaga, han repercutido en toda Andalucía. No podemos seguir estacionados sin tomar parte activa en los acontecimientos que se preparan.

—Sí, debemos marchar. Los nuestros están ya por la provincia de Toledo. Debemos ir a reunirnos con Gómez—afirmó Alvaro, con el ceño fruncido por una determinación suprema.

—¿Pero cómo marchar en estos momentos? Hace falta un salvoconducto.

—Esto es lo difícil... Es preciso justificar el motivo del viaje... ¿Y qué justificación podemos dar nosotros?

—¡Tengo una idea! — exclamó Enrique con entusiasmo.

—¿Cuál?

Cambió de tono, se quedó pensativo y añadió:

—No puedo decírtela... Necesito antes ver a alguien... Espérame y fía en mí... Acaso yo pueda arreglarlo todo.

Enrique salió rápido, porque eran momentos preciosos y no podían dejar que les atraparan en Sevilla, como en un ratonera, mientras los suyos, los partidarios de

don Carlos, los que habían confiado a Enrique la difícil misión de llegar a Andalucía y reclutar en ella a cuantos comulgaran en su credo, comenzaban a lanzarse al campo y a luchar bravamente por la Causa.

Corrió a casa de Rafael Pérez de Guzmán y se hizo anunciar, siendo recibido inmediatamente por el caballero. Después de cambiar los primeros saludos y algunos lugares comunes que dieran paso al asunto principal de la visita de Enrique, éste le dijo en tono confidencial:

—Se trata de mí y de un buen amigo mío... Necesitamos salir de Sevilla sin salvoconductos... Yo he pensado que tú podrías hacernos ese gran servicio. Tú sales mañana para Madrid... Si nos llevas contigo, en tu coche, nadie nos pondrá inconveniente, porque a ti todo el mundo te conoce y todos saben la razón que te lleva a la capital de España.

—Bien, sea... Tratándose de ti—replicó Rafael, con la generosidad que le caracterizaba—. ¿Y quién es el otro?

Vaciló un punto Enrique sin atreverse a pronunciar el nombre, y preguntó luego:

—¿Es indispensable que te lo diga?

—No, no hace falta — contestó

Rafael, sin querer entrar en averiguaciones, pues comprendía que si Enrique callaba el nombre algún motivo poderoso y fundado le impulsaba a ello—. ¿Y los motivos del viaje, cuáles son? — preguntó de nuevo.

— Aunque es un secreto que no me pertenece a mí solo... debo revelártelo para que decidas... No puedes ir a ciegas... Apelo a tu caballerosidad e hidalguía... — balbuceó Enrique.

Pero antes de que pudiera seguir hablando, Rafael le interrumpió:

— Deja, no me digas más; tengo fe en ti y sé que cuando me pides este servicio algo grave te obliga a hacerlo. Cuenta conmigo. Todo será que Paco Lucas salga al día siguiente con la cuadrilla y así vosotros dos os venís conmigo.

— Gracias, Rafael, eres un perfecto caballero y un buen amigo. Nunca olvidaré este gran favor.

— Lo hago con gusto. Te avisaré la hora de salida. Ya sabes que es mañana.

— Hasta mañana.

Alvaro supo que se marchaba al día siguiente, pero Enrique no le dijo quién era el que iba a llevarlos. Pensó que acaso Alvaro no aceptara la ayuda del que había sido novio de su hermana y con

quien tan mal se había portado... Como los acontecimientos políticos eran más poderosos que todas las razones sentimentales que Alvaro pudiera argüir, Enrique prefirió callar y dar escueta la noticia:

— Mañana nos vamos a Madrid en el coche de un amigo mío particular.

Alvaro asintió y comenzó a hacer sus preparativos de marcha.

Rafael acudió aquella noche a la reja de Eugenia a despedirse de ella. No era alegre la despedida, porque en el amor que Rafael sentía hacia Eugenia no podía haber alegría ya que ella se mostraba siempre esquiva y casquivana con él.

— Espero que hoy, antes de separarnos, me dirás algo concreto — apremió Rafael ansioso de convertir a Eugenia en su esposa.

— Cuando vuelvas de Madrid fijaremos la fecha de nuestra boda — replicó, evasiva, la muchacha.

— ¿De veras?

— Te lo prometo, Rafael, y te deseo muy buena suerte... Pero ¿es que vas a ponerte triste? — le preguntó, viendo como los ojos del caballero se nublaban de pesadumbre y nostalgia.

— Piensa en mí, Eugenia... Yo pensaré en ti más que nunca. Y

ahora, dame una prueba de tu cariño.

—¿Qué prueba quieres?—sonrió ella, mirándole con los ojos muy brillantes y apasionados.

La luna, que vagaba majestuosamente por el cielo sereno, sonrió también al ver a los dos enamorados en aquel éxtasis de amor en el que se juraban una promesa de eterna felicidad. La risa clara de Eugenia repiqueteó en el silencio nocturno como fuente cantarina en taza de mármol. Y la luna siguió su camino haciéndose la disimulada para que el rostro de la muchacha no se cubriera de rubor.

—Ahora vete, vete...—apremió Eugenia estrechando la mano de su novio—. Cuando vuelvas... ¿oyes?...

Cerró la muchacha la ventana y cuando oyó que los pasos de Rafael morían en la lejanía de la calle desierta, se encaminó al despacho de su tío en el que todavía había luz y entrando en él le dijo en tono muy serio:

—Perdona, tío, que venga a interrumpirte, pero quiero hablar contigo de algo muy serio y que me interesa. No ignoras la situación política actual, que va agravándose por momentos. Todo toma un cariz de pésimo augurio. Se confirman las noticias que el mar-

qués trajo de Madrid y yo creo que lo más prudente es que volvamos a París cuanto antes.

—Ya te lo dije yo hace muchos días... pero tú no parecías dispuesta a ceder—replicó el tío mirando con extrañeza a su sobrina.

—Verás, tío... mi amistad con Rafael va tomando derroteros que no me convienen. Está empeñado en que nos casemos cuanto antes y, la verdad, no me siento lo bastante enamorada para unir mi vida a la suya.

—Pudiste pensarlo antes—murmuró don Lorenzo con reproche.

—Todo lo que me puedas decir me lo he dicho yo mil veces... ¿Pero qué quieres, si soy así?... Al principio me entusiasmo, me gusta que me galanteen, me entusiasma ver el dominio que ejerzo sobre los hombres, pero después... cuando se acerca el momento de la decisión... siento que no le quiero lo suficiente... y no puedo decidirme.

—Está bien... No quiero censurar tu conducta y respeto tus sentimientos. Nos iremos a París.

—¿Cuándo?

—El miércoles se marcha el marqués de Olivares... Podríamos hacer juntos el viaje.

—¡Magnífico!... ¡Tío, eres el hombre más encantador de la tierra!—dijo Eugenia, besando a don

Lorenzo y palmoteando llena de alegría ante la idea de hacer un viaje tan largo en compañía del marquesito.

A la mañana siguiente, muy temprano. Alvaro y Enrique, embozados en sus capas y con el chambergo muy hundido sobre los ojos, se encaminaron a casa de Rafael Pérez de Guzmán que ya les estaba esperando.

Enrique avanzó solo hasta él y, creyendo que nobleza a nobleza obliga, le dijo en voz baja:

—Antes de subir al coche quiero decirte que el que viene conmigo es Alvaro. Si tienes inconveniente alguno, te relevo del compromiso. Ayer fuiste tú muy noble y generoso conmigo. No quiero que nunca puedas pensar que quise engañarte. Decida.

—Nada tengo contra Alvaro —replicó Rafael con tranquilidad, pero con un deje de amargura que no le pasó inadvertido a Enrique—. Podéis seguir contando conmigo.

Y adelantándose hasta donde Alvaro se encontraba, le tendió la mano y le saludó con sincera amistad, subiendo los tres al coche, y éste partió a toda carrera despertando el dormido eco de las calles sevillanas.

Salleron al campo y avanzaron por la carretera a toda marcha. Los

caballos llevaban buen trote. Iban frescos y el repique de los cascabeles era un acicate a su marcha; pero al llegar al cruce de dos carreteras, unos soldados gritaron el "¡alto!" y el carruaje tuvo que parar casi en seco para no atropellar a aquel pelotón de hombres que se ofrecía como barrera a su paso.

—¿Qué pasa?—preguntó Rafael asomando su rostro por la ventanilla.

—Hagan el favor de bajar—rogó el sargento, cuadrándose.

—Los salvoconductos —ordenó, al mismo tiempo, el teniente, mirando con recelo al interior del coche.

Rafael exhibió el suyo, pero el teniente, que conocía bien al torero, sin mirarle casi, añadió:

—No, el de ustedes dos es el que me interesa.

—Nosotros... no los tenemos...—replicó Alvaro, un poco confuso.

—Pues tienen que regresar a Sevilla en calidad de detenidos.

—¡Estos señores son amigos míos!—protestó Rafael—. Yo respondo de ellos.

—Lamento tener que decirlo, don Rafael, que usted también queda detenido. Las órdenes son terminantes.

—¿Yo?... ¿No sabe usted que voy

a Madrid a torear? ¡Esto debe ser un error!

—No hay error, don Rafael. Cumplimos órdenes superiores. Les ruego que entreguen las armas. No queremos usar de la violencia, si ustedes se someten. Y si dan su palabra de honor, les dejaré las manos libres.

—Damos nuestra palabra—replicaron los tres, entregando los revólveres que consigo llevaban y sometiéndose resignadamente a lo que el destino ponía ante ellos.

—Bien, suban al coche... ¡A Sevilla!—ordenó al cochero el teniente que había subido también al coche.

Hizo el cochero dar la vuelta a sus caballos y, silenciosamente, emprendieron el regreso a la ciudad que acababan de abandonar hacía apenas unas horas.

La noticia de la detención corrió por Sevilla como reguero de pólvora y la opinión pública forjó mil historias con la fecundidad de su imaginación alborotada y fogosa.

Se hablaba de conspiraciones, de traición, de quién sabe qué fantásticas maquinaciones en las cuales se veía embrollado Rafael Pérez de Guzmán, el caballero más conocido y estimado por los sevillanos. Aquello traería muchas consecuencias, según unos. Según otros, era un

asunto de muy mal cariz, y don Rafael se había metido en un enredo del que difícilmente saldría, pues no era tan fácil soatayar la justicia como la embestida de los cuernos de un toro.

El caso era que todo Sevilla hablaba de lo mismo, pero nadie, concretamente, hubiera podido decir qué era lo que había pasado.

Elvira estaba consumida por la angustia. Sabía que su hermano y Rafael estaban detenidos e incommunicados, y esto lo sabía por Paco Lacas que era adicto a la señorita y le llevaba y traía todas las noticias que podía ir pescando en un lado y en otro, ya que el criado se multiplicaba en aquellas horas y se encontraba en todas partes, como si tuviera el don de la ubicuidad.

—¿Y si fuéramos a hablar a don Fabricio, el magistrado que fué tan amigo de su papá?—sugirió a Elvira doña Pastora que estaba casi tan apenada como la niña por los últimos acontecimientos.

—Tienes razón. Estoy tan aturdida que no me acordaba de él. Sí, sí, vamos ahora mismo. No podemos dormirnos. Hay que hacer algo para conseguir su libertad.

Fueron las dos mujeres a casa del magistrado. Este las recibió atento y galante, y luego de haber meditado sus palabras, les dijo:

—Desgraciadamente, yo no puedo hacer nada en el asunto. Y lo lamento con toda mi alma, pues bien saben la gran amistad que me unía a tu padre y que os quiero de veras tanto a Alvaro como a ti, pero no puedo hacer nada.

—Yo pensé que usted...—balbuceó Elvira, muy desalentada.

—Mi calidad de magistrado precisamente me impide hacer recomendaciones de esa clase. Quizás otras personas puedan ayudarte...

—¿Quién?... ¿Quién cree usted que puede tener influencia en estos momentos? — preguntó la muchacha, esperanzada de nuevo.

—No sé... Alguien que conozca bien al gobernador... Acaso don Pablo Rocamora...

—No le conozco—murmuró Elvira, entristecida.

—Se me ocurre también otra persona... pero temo que tú no quieras recurrir a ella.

—¿Quién?—inquirió con ansia la infeliz criatura.

—Don Lorenzo de la Jara y su sobrina son grandes amigos del gobernador... A ella, sobre todo, no le niega nada...

Elvira irguió su cabeza y, con una mirada honda y altiva, murmuró:

—¿Recurrir yo a esa mujer?... ¡Nunca!

—Comprendo que te sería muy violento... Sin embargo, no sé de nadie que tenga tanta influencia como ellos cerca del gobernador...

—Perdóneme que le haya venido a importunar—dijo Elvira, dando por terminada la entrevista y despidiéndose de don Fabricio.

—Lo que siento de veras es no poder ayudarte—replicó éste estrechándole la mano con simpatía y acompañándola hasta la puerta.

Mientras Elvira volvía a su casa llena de amargura, Paco Lucas, que no paraba en sus investigaciones, había ido a la casa de los de la Jara para ver si por allí conseguía tener noticias más concretas de lo que pasaba a su amo.

—Tengo orden de la señorita de no recibir a nadie—le dijo el portero que salió a abrirle la puerta.

Pero como Paco Lucas viera a Rosita que cruzaba el zaguán, la llamó:

—¡Eh, tú, Rosita!...

—¿Qué pasa?—replicó la moza, deteniéndose con un gesto muy gracioso.

—Quería ver a tu señorita.

—Pues va a sé difícilísimo. De cabeza andamo en la casa. Pasado mañana nos vamos...

—¿Qué?...—murmuró Paco Lucas estupefacto.

—Que nos vamos el miércoles y

que hay mucho que hasé pa tenerlo todo a punto...

—Pero... no será un viaje largo, digo yo—murmuró Paco Lucas.

—¡Ná menos que a París!—afirmó Rosita con aire muy importante.

—¡A París?... ¡Hasta más ver, que tengo mucha prisa!—gritó Paco Lucas, echando a correr calle abajo para ir a llevar a la señorita Elvira aquella noticia.

Cuando entró en el gabinete de la señorita, ésta estaba triste y llorosa, pensando en la conversación sostenida con don Fabricio y en el cúmulo de obstáculos que se iban alzando ante ella y que no la dejaban dar ni un paso encaminado a la salvación de su hermano y de... ¿por qué no decirlo?... del hombre al que seguía amando con toda su alma.

—¿Sucede algo, Paco Lucas?—preguntó al ver llegar al criado de Rafael.

—Nada, señorita...

—¡Ay, Paco Lucas, yo me vuelvo loca con todo esto!

—Sí, señorita, no es para menos. La cosa se pone cada vez más fea. Yo quise ver a la señorita Eugenia... con perdón de la señorita... por ver si ella conseguía algo; pero no me han dejado pasar, porque

dicen que se van a París y que tienen mucho trabajo...

—¿Que se van a París?... ¿Y es posible que le abandone en estos momentos de peligro?... ¡Oh, esa mujer no tiene alma!... ¡Pero yo no le consentiré que haga esa locura! Es ella la única que puede hacer algo por salvarle... ¡Ea, sí, iré yo, yo misma a pedirselo!... Cuando se ama de veras, debe callar el orgullo... Vamos, Pastora.

Estaba Eugenia en el despacho de su tío charlando con éste de todos aquellos acontecimientos que tenían soliviantada la opinión de Sevilla.

—¿No podríamos hacer algo por Rafael?—preguntó Eugenia a su tío—. El contratiempo que ha sufrido es muy desagradable para él.

—Sí, pero no es prudente intervenir en esa clase de asuntos... Cuando la política se mezcla en las cosas, lo mejor es alejarse y que se ventilen ellos solos sus diferencias. Nosotros, conocidos como somos y tan bien vistos por el Gobierno, no podemos interesarnos por un faccioso. Además, tendríamos que retrasar el viaje...

—No, eso no... La situación empeora y podríamos encontrarnos con la frontera cerrada... Tienes razón, que se ventilen ellos sus di-

ferencias y su diversidad de opiniones...

En aquel momento entraron a anunciar la visita de la señorita Elvira de Luna.

—¿Elvira de Luna? — replicó Eugenia, muy sorprendida—. Bien, hazla pasar al salón... ¿Qué me querrá?

Elvira esperaba en pie, muy pálida y un poco temblorosa ante aquella entrevista para la cual había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad, mejor dicho, todo el amor que sentía por Rafael y que podía más que todo su amor propio y su vanidad de mujer ofendida.

—Le extrañará mi visita...—dijo a Eugenia, al verla entrar.

—Sí, ¿a qué negarlo? — replicó ésta, un poco seca.

—Lo comprendo, pero las circunstancias me obligan a dar este paso.

—¿De qué se trata?

—De mi hermano... Estará usted al corriente de que ha sido detenido con don Rafael Pérez de Guzmán y otro amigo... y que están incomunicados en los calabozos del Gobierno civil.

—Lo sé... como lo sabe todo Sevilla... pero no acertó a comprender...

—Usted tiene grandes influen-

cias... Es quizá la única persona que podría conseguir que le den un permiso para verle... Y yo vengo a pedirle ese favor...

—Difícil me parece, dado el carácter político de la detención... Además, yo he de salir de viaje—dijo Eugenia, tratando de eludir el compromiso en que Elvira la ponía.

Esta la miró ya valientemente al escuchar aquellas palabras, y le dijo serena y altiva:

—¡Conque es cierto!... ¡Se marcha usted!... ¡Se marcha y deja abandonado a Rafael cuando más necesidad tiene de apoyo y de cariño!... ¡No quería creerlo!

—Me atribuye usted una obligación que no tengo—arguyó Eugenia, fría y tajante.

—No hablo de obligación, sino de cariño... ¡Dejarle en la hora peligrosa, cuando más necesita de una mano amiga y de un amor verdadero!... ¡Usted no le quiere ni lo ha querido nunca!

Elvira hablaba con energía, siguiendo el curso de sus pensamientos, asombrada ella misma de que pudiera decirle con tal claridad todo lo que pasaba por su imaginación a aquella mujer ante la que se sintiera tan turbada en el primer momento de la conversación.

—No creo que tenga que darle

explicaciones sobre mis sentimientos—dijo Eugenia, ofendida.

—Sobre su falta de sentimientos, dirá usted mejor—interrumpió Elvira.

—Si no ha venido usted más que a desahogar sus celos...

—¡Mis celos! —gritó Elvira en un arrebató—. No me duele confesar que he querido a Rafael con toda mi alma, como no todas las mujeres saben querer... ¡Y usted le separó de mí!... ¡Usted le alucinó por un capricho!... Si usted le amara, yo no hubiera venido a hacerle reproches... hubiera encontrado, en la felicidad de Rafael, el consuelo en mi pena. Pero usted no le ama, y por capricho únicamente le ha lanzado a una profesión impropia de su clase, una profesión peligrosa en la que se juega a diario la vida... ¡No son celos, no, lo que vibra en mi voz, lo que me dicta mis palabras, sino dolor, un gran dolor que siento ante su desgracia... que es también la mía!

Vencida por su angustia, agotada por el esfuerzo, desgarrada el alma por la pesadumbre, la abandonaron sus fuerzas y rompió a llorar amargamente, con un llanto silencioso, pero cruel y conmovedor. Eugenia se sintió impresionada, avanzó unos pasos y en un tono más suave le dijo:

—Su desgracia no es obra mía, sino de él... Y de la de él, quizá no sea yo tan culpable como usted me cree... Usted debe conocer su carácter...

—Es verdad...—murmuró Elvira, reaccionando y hablando ya con calma y sumisión—. No soy yo quien para juzgar su proceder... No he venido a hacer reproches, sino a suplicar. Perdóneme. Si, como usted insinúa, el mal que ha hecho no ha sido del todo consciente, si hay en el fondo de su alma la bondad que yo creo adivinar, repárelo ahora en parte ayudando a Rafael, y, se lo ruego también, a mi hermano, si es posible...

—Lo haré—afirmó Eugenia con dulzura—. Intentaré lo que pueda en favor de los dos.

—Sí es así, yo se lo agradeceré toda mi vida.

—No le pido gratitud... me conformo con que no me tenga odio... Nunca pensé que se pudiera amar como usted ama...—murmuró Eugenia, conmovida hasta lo más íntimo de su ser.

—Perdone mis arrebatos...—dijo Elvira, sin atreverse a tender la mano a su rival.

—No es usted quien debe pedir perdón—replicó Eugenia, alargando la suya con un gesto noble.

Las dos mujeres se estrecharon

la mano en un gesto sereno; no se conocían, pero se habían comprendido. Con su intuición netamente femenina habían conseguido presentirse a través de sus palabras: una y otra quedaban seguras de que harían cuanto estuviera en sus manos por salvar a Rafael... Luego sería él el que decidiera entre las dos... Y la que no fuera elegida, sabría someterse humildemente al designio del destino.

Cuando Elvira hubo salido de la casa de los señores de la Jara, volvió Eugenia al despacho de su tío, y besándole mimosa, le dijo:

—Tío, he cambiado de modo de pensar; creo que debo, que debemos hacer algo en favor de Rafael... como simple amigo solamente... Como amigo nuestro merece todo nuestro interés, y no podemos marcharnos sin haber hecho algo por él.

—Pero, hija, ¡qué difícil es entender a una mujer!... Hace poco hemos convenido que no conviene mezclarse en andanzas de caballerías y aventuras... ¡Qué te ha hecho cambiar de propósito?

Eugenia tardó un largo espacio de tiempo en hablar. Se había quedado profundamente pensativa y meditaba cada una de sus palabras. Luego, mirando fijamente a don Lorenzo, le preguntó:

—Oye, tío... ¿tú crees que yo soy mala?

—Te conozco demasiado bien para creer tal cosa... Tienes un carácter muy voluntarioso, eres desigual, estás llena de caprichos... pero no eres mala, no, al contrario, yo creo que eres buena, pero que te gusta ponerte una máscara de frivolidad que a veces te sienta bien y a veces te perjudica... En el fondo eres buena...

—En el fondo... Eso mismo es lo que acaban de decirme... En el fondo... Pues es preciso que mi bondad salga a la superficie. Y para esto necesito tu ayuda. Vamos a visitar al gobernador y a interesarnos por la situación de Rafael y sus amigos...

—Pero... ¿quién te ha sugerido esa idea?

—La antigua novia de Rafael, tío... ¡Ella sí que sabe quererle!

—Como querrás tú también el día en que te enamores de veras—dijo don Lorenzo, sacudiendo con ternura la cabecita loca de su sobrina que se había quedado profundamente triste—, Vamos, vamos, alegra esa cara... Haremos lo que podamos... Sea como tú quieras.

—Gracias, tío—murmuró Eugenia sonriendo en medio de su melancolía.

Unas horas más tarde, Elvira recibía de su rival la siguiente carta:

"Según le prometí, ha hecho, de momento, cuanto estaba en mi mano. Los detenidos pueden, desde hoy mismo, recibir visitas de sus familiares. Su inmediato deseo queda cumplido. Aprovecharé mi paso por Madrid para mover altas influencias entre mis buenas relaciones de allá, en favor de nuestros amigos. Sólo aspiro a que no me guarde rencor y que tenga de mí un buen recuerdo. La saluda afectuosamente,

Eugenia."

Elvira había palidecido de emoción al leer aquellas palabras y, al terminar la carta, en un arrebato de alegría infantil, abrazó a doña Pastora y le dijo con vehemente entusiasmo:

—¡Ya se puede ir a verlos!... ¡Vamos, vamos en seguida!

Consiguieron una entrevista con Alvaro, gracias a la influencia desplegada por los de la Jara, y Elvira pudo conversar con su hermano.

Lloraba Elvira sin poder conte-

ner el caudal de sus lágrimas, y su hermano, le decía, sonriéndole con ternura:

—Ten serenidad, criatura, ten serenidad... Tu situación me preocupa mucho más que la mía... ¡Eres tan chiquilla!... ¡Cuando imagino que pudieras quedarte sola!...

—¡Alvaro, no digas esas cosas, que me quitas el poco valor que me queda!... No, ya verás como todo se arreglará. Dime a quién debo recurrir...

—Tus gestiones no darían resultado ninguno... Sólo cabe esperar ayuda de los propios acontecimientos.

—¿Y Rafael? — preguntó Elvira, tras un leve titubeo—. ¿Cómo fué el ir juntos? ¿Es también de los vuestros?

—No conozco sus ideas políticas... Rafael no sabía nada. Generosamente, sin pedir explicaciones, con toda la nobleza de su espíritu, se prestó a llevarnos en su coche. ¡Es todo un caballero y como tal se ha portado!

—Así... ¿aparece complicado en esta causa... sin estarlo? — balbuceó Elvira, con una leve esperanza.

—Esta es la idea que más me hace sufrir. Nosotros sufrimos por

un ideal; pero él es inocente y sufre sólo por haber cometido una noble acción—confesó Alvaro.

—¡Pobre Rafael! — exclamó Elvira, dejando que las lágrimas volvieran a rodar por sus mejillas.

—Dime la verdad, sinceramente, ¿amas todavía a ese hombre? — preguntó Alvaro a su hermana al verla tan acongojada.

Ella bajó la cabeza y rompió en sollozos ahogados.

—No me digas más... ¡ya me has contestado!... No te censuro...

Y al ver que el centinela daba la señal de que la entrevista debía darse por terminada, abrazó a su hermana y le dijo:

—Adiós, Elvira, no desesperes...

—Adiós, Alvaro... Volveré en cuanto me dejen... Reza, que yo también rezaré... Dios nos ayudará a los dos...

También Rafael tuvo visita, pero no la que esperaba. Quien consiguió verle fué Paco Lucas que, alegando que su amo no tenía familiares, logró que le dieran a él el permiso.

—¿Por qué no viene Eugenia a verme? — le preguntó Rafael, extrañado de que no fuera ella a visitarle.

—¿La señorita Eugenia?... No... no... no sé... Es que no hay auto-

rización más que para los familiares...

—¿Y cómo has venido tú?

—... y para los servidores—añadió Paco Lucas, para disimular.

—¿Has hablado con ella? ¿Te ha dicho algo para mí? — preguntó Rafael con ansia.

—No, no me ha dicho nada... vamos, que no... quiero decir... que no la he visto...—rezongó Paco Lucas, que estaba muy azarado.

—¿Qué te pasa? Parece que estás en la luna...

—Sí, señor... A quien he visto es a la señorita Elvira — dijo Paco Lucas entrando de lleno en el asunto que a él le interesaba—. ¡Está desconsolada!

—Me lo imagino... ¡Adora a su hermano!

—Sí... pero estoy seguro de que no es sólo por su hermano por quien sufre...

—¿Tú qué sabes! — murmuró Rafael, a quien las palabras de su criado habían producido un extraño malestar.

Paco Lucas se alejó, porque el centinela también se acercó a ellos diciendo que el tiempo concedido para la entrevista había llegado a su fin.

Al día siguiente, Alvaro fué recibido en el despacho del juez, des-

pués de haber solicitado él aquella entrevista.

—¿Ha pedido usted prestar nueva declaración?—preguntó el juez al reo.

—Sí, señor — contestó Alvaro que tenía marcada en la frente aquella arruga que denotaba sus grandes resoluciones.

—Puede usted hablar.

—Vengo a confesar que es cierta la acusación que sobre mí pesa —dijo Alvaro, mirando de frente, con noble y franca mirada.

—¿Reconoce usted, al fin, que tanto usted como sus compañeros, iban a reunirse a grupos disidentes de la provincia de Toledo?

—Sí. Con una salvedad: don Rafael Pérez de Guzmán es totalmente ajeno a lo que nos proponíamos. Le hicimos creer que íbamos a Madrid, y él desconocía en absoluto nuestras actividades y nuestras intenciones.

—Esta declaración — murmuró el juez, que se había quedado hondamente pensativo— coincide en todo con la que él tiene prestada, quedando, por lo tanto, patente su inculpabilidad. Mi impresión respecto a don Rafael era ya favorable. En vista de sus manifestaciones, hoy mismo quedará en libertad.

—Gracias — murmuró Alvaro, a

tiempo que firmaba su declaración.

Efectivamente, sin explicarse bien qué era lo que había ocurrido, Rafael se vió puesto en libertad y se encontró en la calle, en los brazos de Paco Lucas que lloraba como un niño al verle.

—¡Señorito Rafael!... ¡Qué alegría!... ¡Qué alegría tan grande!—decía el mozo, lleno de emoción.

—¿Llevaste el recado que te di a la señorita Eugenia? — preguntó Rafael en cuanto se vió libre del entusiasmo de su criado.

—Sí, señorito... digo, no, señorito... No quise... no pude...

—¿Por qué no has cumplido lo que te mandé?

—Vamos, señorito, vamos para casa y yo le contaré por el camino lo que ha pasado...

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?—insistió Rafael que se sentía angustioso ante la extraña actitud de Paco Lucas.

—Pues que... que... la señorita Eugenia... se ha marchado a París...

—¿Es posible!—exclamó Rafael, deteniendo sus pasos y sintiendo que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

—Como usted lo oye, señorito... Fué la señorita Elvira quien fué a verla antes de que se marchara y la que consiguió con sus súplicas

que interviniera para conseguir el permiso de ir a visitarles...

—¿Es posible!... — murmuró de nuevo Rafael, pensando en Eugenia—. ¡Jamás la hubiera creído capaz de tanta maldad!

—Déjela, señorito, no piense en ella... ¡Si había de ser, más vale ahora, que aún es tiempo!... ¡Déjela que se vaya a sus "parises", que no faltan en nuestra tierra mujeres buenas y dignas de usted...!

—¿Qué ciego he sido!

—Sí que lo ha sido usted, señorito... con perdón sea dicho... En cambio, la señorita Elvira es un ángel... A ella se lo debe usted todo... Debía ir a verla para darle las gracias...

—Quizá tengas razón. Pero ahora no puedo... Vamos, vamos a casa...

Allá se encaminaron, pero ya en todo Sevilla se conocía la noticia de que don Rafael había sido puesto en libertad. Alguien le vió salir del Gobierno civil, alguien le encontró por la calle charlando tranquilamente con su criado, y pronto la voz había corrido de boca en boca, llegando la noticia hasta el café del "Brillante", donde la afición se reunía y donde fué celebrada con unas cañas y una copla que entonó la "Esmeralda" con su voz de oro y su estilo que llegaba al alma:

*Claveles y colgaduras
en la plaza hay que poner
para honrar como se debe
al bravo don Rafael...*

Pero Rafael no participaba de la alegría popular. Llegado a su casa se dejó caer en un sillón y se quedó profundamente preocupado, como si una idea fija le atormentara.

—Pero, señorito, por Dios, no se atormente usted así—le dijo Paco Lucas, que sufría viéndole sufrir.

—Lo que me duele es que ahora se hace muy crítica la situación de Alvaro y Enrique. Alvaro ha declarado su culpabilidad por salvarme a mí. ¡No sé lo que podrá pasaries!

—A mí quien me da compasión es... ella, señorito—dijo Paco Lucas que pensaba siempre en Elvira—. ¿Por qué no va usted a tranquilizarla?... ¡Bien se lo merece, la pobre, después de todo lo que lleva sufrido!

—Sí... yo iría... pero... ¿me quedará recibir?—se dijo Rafael, dudoso, temiendo que Elvira le cerrara las puertas de su casa.

—¡Claro que le recibirá a usted! ¡Es un corazón de oro!... Vamos, señorito, ánimo... Yo iré por delante...

Dejóse convencer el caballero por el criado y los dos salieron a

la calle. Paco Lucas tomó la delantera y, viendo a doña Pastora asomada a la ventana cuidando sus flores, se acercó corriendo a ella y le dijo con el rostro radiante de dicha:

—Doña Pastora... que don Rafael viene a hablar con la señorita... Está ahí, muy cerca... A ver cómo se las compone usted para que la señorita Elvira se asome a la reja.

—Déjalo por mi cuenta... Que aguarde un momentito... — replicó doña Pastora que estaba siempre dispuesta a ponerse de acuerdo con Paco Lucas.

Miró hacia el interior del gabinete y viendo a Elvira que entraba en él, le dijo, tentándola:

—¿Qué día tan hermoso hace, niña?... ¡Si vieras cómo reluce el sol!... Vamos, asómate un momentito para gozar del fresco de la hora.

—No tengo ganas de salir a la reja... ¡Me trae demasiados recuerdos! — suspiró Elvira acordándose de las noches de charla y de dicha pasadas en ella, cuando Rafael la quería.

—Vamos, señorita, se tiene usted que animar o se va a marchitar como una flor arrancada de la planta... Mire qué hermosura de claveles ha reventado esta noche.

A regañadientes, haciendo un esfuerzo por complacer a doña Pastora, Elvira salió a la reja y Rafael, que había estado acechando aquel momento, se acercó rápido y saludó humilde y confuso:

—Buenos días, Elvira.

—¡Rafael!... ¡Tú aquí!...

—Sí... Me han dado la libertad y te ruego que me escuches...

—¿Y mi hermano? ¿No le ponen a él en libertad? — preguntó ella con el ansia pintada en sus ojos.

—No, por ahora no... Yo le debo la mía. Sin su declaración explícita, seguiría preso, siendo inocente.

—¿Entonces... Alvaro ha confesado la verdad?

—Sí... Y cree que yo no olvidaré nunca su gesto leal. Cuenta conmigo en todo y por todo... Elvira, antes de seguir conversando quiero pedirte perdón — murmuró Rafael, acercándose más a la reja y hablando en tono completamente confidencial.

—Hace tiempo que te he perdonado — replicó Elvira mirándole a los ojos con ternura y pasión—. No fué tuya la culpa de todo lo ocurrido... y en cuanto has estado en desgracia... yo he creído que era mi deber ayudarte... Pero ahora debo decirte una cosa, Rafael: no podemos, no debemos vernos más...

—¿Por qué? ¿Me guardas rencor?

—No. Pero prometí a mi hermana, un día, no volverte a hablar aunque volvieras a mí... Y ahora, precisamente ahora que él está ausente, no debo en modo alguno quebrantar la promesa aquella.

—¿Está bien, no volveré a molestarte! — exclamó Rafael en un impulso dictado por su orgullo y su amor propio heridos.

—¿Se subleva tu orgullo?... Olvidas que nunca dejé hablar al mío, que tanto ha padecido y tan pisoteado se ha visto—murmuró Elvira dulcemente.

—Perdóname... Tienes razón... Me ofusco y no sé lo que me digo... No tengo derecho a hacerte reproches.

—Adiós, Rafael — dijo Elvira, tendiéndole la mano en un gesto de franca amistad.

—Adiós, Elvira...

Rafael se alejó de la casa con la tristeza clavada en su alma y Elvira le vio marchar, le siguió con la mirada hasta que se perdió en la esquina de la calle y entonces, sintiendo que las fuerzas la abandonaban, rompió a llorar desoladamente.

Rafael escuchó a los dos empresarios que habían venido a verle para ofrecerle un contrato fabuloso. Era la hora de "explotar" al diestro, porque su nombre corría de boca en boca y la popularidad que había alcanzado con la detención hacía que la exhibición de su arte taurino en la plaza de Sevilla prometiera ser un verdadero acontecimiento.

—No sé, no sé... — murmuraba indeciso—. En estos momentos no creo oportuno...

—Precisamente son los momentos más oportunos para presentarse usted en público. Así deshace por completo las calumnias que sobre usted han pasado y la gente ve que nada tiene que ver con la fracasada insurrección. No vaele usted, don Rafael. Después de lo sucedido el público está deseoso de aplaudirlo. ¡Será un verdadero acontecimiento!—decía uno de los empresarios.

Rafael dudó todavía unos momentos y luego, como tomando una suprema decisión, dijo poniéndose en pie:

—Bien, sea, queda aceptado... Necesito la emoción, el peligro, para calmar un poco mis nervios alterados. ¿Cuándo será la corrida?

—Del domingo en ocho días. Al-

ternará usted con el "Chiclanero".

—Conforme.

—Agradecidos, don Rafael. Ahora mismo vamos a la imprenta para encargar los pasquines anunciadores. ¡Va a ser un triunfo sonado!

Apenas habían salido los dos empresarios taurómacos de la casa del de Pérez de Guzmán, cuando llegó a ella Paco Lucas, casi sin aliento, y entró en el despacho de Rafael diciéndole a quemarropa y sin preámbulo de clase alguna:

—Mañana de madrugada trasladan a los presos al Castillo de Santa Lucía.

—¿A Santa Lucía?... ¡Mala señal!—suspiró Rafael que sabía lo que aquello pudiera significar.

—Sí, señor... Y se dice también que van a someterlos a juicio...

—Hay que hacer algo por ellos... No podemos dejar que las cosas sigan adelante...

—¿Y qué vamos a hacer?

—Por lo pronto vete a avisar a la señorita Elvira. Conviene que lo sepa. Yo, entretanto, iré a hacer todas las gestiones que me estén permitidas.

Salieron los dos hombres en dirección distinta y mientras Paco Lucas se encaminaba a casa de Elvira, Rafael marchó directamente al Gobierno civil y pidió una en-

trevista con el juez que instruí la causa y que le recibió inmediatamente.

Después de escuchar los razonamientos de don Rafael, el juez, que sentía simpatía por aquel caballero conocido de todo Sevilla, le dijo en tono afectuoso:

—Siento mucho no poder hacer nada por usted, pero la causa está concluida y sale fuera de mi jurisdicción.

—¡Tan pronto! — exclamó Rafael con angustia.

—Estos asuntos se tramitan con rapidez. El Gobierno debe actuar enérgicamente en tales ocasiones.

—Pues yo no sé a quién recurrir —murmuró Rafael desalentado.

—Por mi parte, sintiéndolo mucho, en nada puedo ayudarle.

—Agradezco de todos modos su amabilidad — dijo Rafael despidiéndose.

—Ya que no puedo servirle en sus deseos, le compensaré aplaudiéndole el domingo—dijo el juez, estrechando la mano del diestro.

Rafael se quedó un momento pensativo, y luego añadió:

—Una cosa podrá usted hacer todavía: darme un permiso para visitar a los presos.

—Sea—replicó el juez tras una breve vacilación—. Quiero que vea usted que hasta donde yo humana-

mente puedo estoy dispuesto a complacerle. Mañana mismo lo tendrá usted.

—Muchas gracias.

—A sus órdenes, don Rafael.

No pudo Rafael dormir en toda la noche y esperó con ansia la luz del nuevo día. Tenía la seguridad de que el juez cumpliría la palabra empeñada, pero siempre la duda, la inquietud, el desasosiego turbaban su ánimo.

Cuando recibió el pase para poder ir al Castillo a entrevistarse con los presos, sintió como si un gran peso se le hubiera quitado de encima, y allá fué rápido, pues quería hablar con Alvaro y Enrique lo antes posible.

No pusieron obstáculos en el Castillo a la entrevista y los dos presos, a través de la reja, pudieron hablar con Rafael mientras el centinela se paseaba a lo largo de la amplia sala vigilando la conversación, pero alejándose discretamente lo más que podía para que aquellos tres hombres pudieran hablar con tranquilidad. En el ánimo del centinela había la convicción de que no eran delincuentes, sino seres empujados por otro ideal político, que acaso fuera tan respetable como cualquier otro basado en los cimientos del amor de Dios y de la Patria.

—Tenemos noticia de que nos juzgan dentro de cuatro días—dijo Alvaro, después de haber cambiado los primeros saludos y de haberse interesado por la salud de su hermana.

—No creo que sea tan pronto—replicó Rafael mintiendo piadosamente—. Vosotros no desesperéis. Yo confío en poder hacer algo antes de que llegue ese día.

—Gracias, Rafael — dijo Enrique, visiblemente emocionado.

—No me preocupa ni me aflige lo que a mí pueda pasarme—dijo Alvaro—. Pero sí me atormenta la idea de dejar sola a Elvira... Sin mí, se sentiría tan desamparada...

—No, Alvaro, desamparada, no. Pero no pienses en eso... No hay que dejarse vencer por el pesimismo.

—No te figuras cómo alivias mi pesadumbre.

—Te repito que yo tengo la esperanza de que se arreglen las cosas.

—¡Ojala!

—Bueno, hasta pronto — dijo Rafael a una indicación del centinela que le señaló el reloj y le mostró que la hora había pasado—. Volveré a veros en cuanto me sea posible.

—Adiós, Rafael, te deseo mucha suerte en la corrida del domingo.

Rafael sonrió levemente: ya no le importaban los éxitos taurinos; ya no tenía interés en hacerse un nombre; ya no quería triunfar en una profesión que se salía por completo de su esfera social; todo lo había hecho cegado por una luz de fuego fatuo que se había desvanecido a tiempo ante sus ojos. Ahora, si toreaba, era para olvidar sus propios males. Todo lo demás no le importaba nada en absoluto.

Llegó el día de la corrida y la afición estaba sobreexcitada por el acontecimiento, comentándose vivamente el arrojito que habría de demostrar el caballero don Rafael ante los torazos que iban a lidiarse.

Rafael, en su casa, reunido con sus amigos y los componentes de su cuadrilla, esperaba la hora de ir a la plaza, sin entusiasmo ninguno a pesar del vocerío que llegaba de la calle, de la gente que estaba esperando su salida sólo por el placer de aplaudirle en el momento de subir al coche.

Pero el diestro no lograba distraerse con nada y cuando Paco Lucas, que acababa de acicalarle y de abrocharle el traje de luces que ceñía su cuerpo delgado y esbelto,

le dijo: "Vamos, señorito, anime esa cara, que parece que va a un funeral", él le contestó, angustioso: "¿Cómo quieres que esté animado, si ellos confían en mí?... Faltan sólo dos días para el juicio, yo he removido cielo y tierra para evitarlo, y no he podido conseguir nada. ¿Cómo puedo estar alegre?"

En aquel momento otro criado entró una carta que acababa de dejar el cartero. Era de París, y Rafael rasgó el sobre con mano temblorosa. Las facciones de Rafael se iban distendiendo a medida que leía la carta, y en sus ojos se reflejaban una sorpresa y una alegría inusitadas.

La carta, entre otras cosas, estaba concebida en los siguientes términos:

"Me garantizan que el caso no se llevará a situaciones extremas. Serán juzgados con la máxima benevolencia, y puedo añadir, por mi parte, que no tardarán en dictarse medidas de carácter general, que atenúen las penas que recaigan. Por este mismo correo salen instrucciones en tal sentido. Mi marcha repentina te habrá parecido cruel, pero tengo la íntima convicción de que era lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias. Un yerro no justifica nuevos erro-

res. Algún día me lo agradecerás todo. Disculpa a quien espera poder llamarse siempre amiga tuya, Eugenia."

Rafael dió un gran suspiro de alivio y exclamó con entusiasmo:

—¡Ya no hay peligro para los presos!... Ve, Paco Lucas, ve corriendo a casa de la señorita Elvira y entrégale esta carta para que esté tranquila... Yo acabaré de vestirme solo.

—¿Le digo que irá usted después de la corrida?—inquirió Paco Lucas, que ya se disponía a salir disparado como una flecha.

—Yo iría... pero no quiero imponerle mi presencia... Dale esa noticia... y nada más.

—Tenga usted mucho ojo, señorito... que los toros me parecen de cuidado... ¡No se exponga más de la cuenta!—aconsejó Paco Lucas, a tiempo de salir.

—¿Por qué, si ya todo me da igual?—contestó Rafael con indiferencia, encogiéndose de hombros como si la vida no tuviera importancia para él y pensara en la muerte como en una bendita liberación.

Paco Lucas llegó en breves minutos a casa de Elvira, le entregó la carta y gozó viendo la transformación del rostro de la muchacha

a medida que iba avanzando en su lectura.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!...—exclamó Elvira cuando hubo leído la carta, alzando los ojos al cielo en una muda plegaria.

Y luego, mirando a Paco Lucas con impaciencia, le preguntó:

—¿Vendrá el señorito Rafael después de la corrida?

—No sé, señorita... Me parece como si temiese que usted no quiere verle... Vamos, quiero decir que él sí vendría, pero que no se atreve... digo yo... ¡No me gusta nada el ánimo con que le he dejado!—añadió con gesto apesadumbrado.

—¿Por qué?

—Porque los toros de hoy son muy difíciles... y él tiene pensamientos muy negros...

—¿Paco Lucas, me asustas! ¡Si algo malo le ocurriese!... ¡Oh, no, no, el Señor no querrá que eso sea! Oye, Paco Lucas, dile al señorito Rafael de mi parte que si desea venir que venga en cuanto pueda... que estoy segura de que mi hermano aprobará el que yo rompa la promesa que le hice... Ve, corre, ve a decírselo...

—Está bien, señorita, me marcho a la plaza... ¡Es la primera vez que habré empezado la corrida sin estar yo cerca de él!

Elvira corrió al encuentro de

doña Pastora en cuanto Paco Lucas hubo salido, y le dijo, abrazándola, como solía hacer siempre que tenía un rapto de alegría:

—¡Doña Pastora, buenas noticias, buenas noticias sobre mi hermano!... Ven, vamos a rezarle a la Virgen en acción de gracias... y también a pedirle protección para quien más la necesita ahora—añadió, pensando en Rafael.

Rafael había salido al ruedo con el alma muerta y entristecida, y, acaso por la suprema indiferencia que sentía por la vida, jugaba con la muerte con una naturalidad y una precisión que tenían electrizado al público que aplaudía frenético a cada nuevo pase, a cada arranque del torero, que estaba como nunca había estado.

Paco Lucas llegó mientras el diestro estaba en la plaza toreando su segundo toro, entre el entusiasmo de la multitud y el delirio de las ovaciones. Allí estuvo el criado unos momentos, embobado con la faena que su amo realizaba, y luego, haciéndole señas de que quería hablarle, y en un momento de respiro en que Rafael se acercó a la barrera, le dijo por lo bajo:

—Señorito, que me ha encargado la señorita Elvira que le diga que vaya usted en cuanto termine la corrida, que está cierta que su

hermano verá bien que no cumpla ella su promesa... y que le espera... ¡Conque mucho ojo con esos animalitos!...

Al escuchar aquellas palabras Rafael sintió una nueva bravura enardecerle el pecho y se tiró a matar con tal certeza, con tan grande presencia de ánimo, que el toro cayó al suelo herido mortalmente a la primera estocada, clavada con una maestría inigualable.

El público, puesto en pie, ovacionó largamente al diestro, y éste sentía dentro de sí, no la gloria del triunfo, sino la felicidad de haber recuperado un amor que estuvo a punto de perder para siempre y que había de ser el norte y guía de su existencia.

Elvira le esperaba impaciente, consumida de angustia, temiendo lo peor, con ese afán del corazón enamorado de buscar siempre lo que puede atormentarle.

Cuando le vio llegar corrió a él presurosa y le tendió las manos en un gesto en el que parecía ofrecerle su alma entera.

—¡Gracias a Dios, Rafael! ¡Qué angustias he pasado por ti esta tarde!...—exclamó.

—Pues debes estar tranquila, pues ya nada grave le puede ocurrir a tu hermano—contestó Ra-

fael, evadiendo las palabras de la niña, a fin de que ella pudiera reflexionar sobre las mismas.

—¿Le has visto? ¿Qué te ha dicho?... Cuéntame, cuéntame tu entrevista con Alvaro—dijo Elvira, yendo a sentarse con Rafael bajo la pérgola del jardín.

Doña Pastora les miró emocionada y volviéndose a Paco Lucas le dijo:

—¡Ay, estas escenas me enternecen!

—Y a mí también. Además, tengo un recuerdo *muy dulce* de aquella noche que hablamos aquí mismo nosotros dos... ¿Se acuerda?

—¡Ay!... —suspiró ella, poniendo los ojos en blanco, porque no se le había olvidado, no, aquella escena tan bonita, a la luz de la luna...

—¿No tiene usted yemitas de San Leandro?—inquirió Paco Lucas, que ya se relamía los labios.

—Ahora mismo te traigo unas pocas... y que están mejores que aquellas...

Rafael y Elvira departían largamente acerca de lo que tan preocupados les tenía.

—Tu hermano estaba tranquilo y sereno. Su única preocupación era la posibilidad de dejarte sola... Yo le tranquilicé... Hubiera deseado jurarle que velaría por ti... pero temí no poder cumplir mi juramento...

—¿Por qué? —interrogó Elvira con una mirada amorosa y dulce—. Rafael, no sería yo quien lo impediera...

—¿De veras?—preguntó Rafael con júbilo—. ¡Entonces, jurado está!... ¡Ya no nos separaremos nunca! ¡Ya nada ni nadie podrá arrancarme de tu lado!

—Con una condición expresa—dijo Elvira—. Que para mí sosiego y el tuyo abandonarás esa profesión terrible en la que a cada momento expones tu vida.

—¿Tú lo mandas?

—Yo lo suplico — corrigió ella, amorosamente.

—Y yo te prometo ya desde ahora no volver a torear jamás... Quiero tu amor, que es mi mejor gloria...

Se estrecharon las manos y se quedaron mirando a los ojos largamente para leer en ellos todo lo que el corazón no sabía decir con palabras.

Paco Lucas les miraba desde lejos, mientras iba comiendo una tras otra, a dos carrillos, las yemitas que Pastora le daba, y contagiado por el idilio que se desarrollaba a sus ojos, volvió sus miradas a la opulenta doña Pastora y le dijo, mientras saboreaba el dulce:

—¿Cómo se hace usted querer, pichona!...

Títulos en existencia:

SERIE "TRIUNFO"

Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Sellman.

Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jouvet.

El canillita y la dama, por Rosita Moreno.

Redención, por Warner Baxter y Wallace Beery.

Cuando me siento feliz, **Noche de estreno** y **Cuatro revoltosos** (Serie Trío).

El secreto de Chan, **Charlie Chan en la pista**, **Charlie Chan en la Opera** (Serie Trío).

Mister Wong en el Barrio China, por Boris Karloff.

Precio: 2'00 pts.

Miguel Stragoff, o **El Correo del Zar**, por A. Wohlbruck e Ivette Lebon.

Canción de cuna, por Dorotea Wieck.

El pequeño, por Felipe y Lucien Baroux.

Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Baur y Raimu.

El sueño de Butterfly, por María Cebotari y Fosco Giachetti.

Doctor Intruso, por George Sanders y M. MacGuire.

La ruta sin fin, por Victor Francen y Mari-calle Chantal.

Suprema decisión, Edwige Feuillère.

Su Excelencia el Mayordomo, por María José Simó, Luis Prendes, Michel.

Su nombre en los periódicos, por Margaret Lockwood, Barry Barnes.

El séptimo cielo, por James Stewart y Simone Simon.

Aderable intrusa, por Judy Canova.

Esa que llaman amor, por Annabella y Henry Fonda.

Una entre un millón, por Sanja Henis y Don Ameche.

Caminito de gloria, por Libertad Lamarque.

El caballero del antifaz, por Gino Cervi y Luisa Ferida.

La ley sagrada, por Micheline Presley y Marcelle Chantal.

Vuelta al ayer, por Clive Brook y Anna Lee.

La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.

Por otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.

Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.

Malodios eternus, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.

Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.

Precio: 2'50 pts.

SERIE "PRODUCCIÓN ESPAÑOLA"

Ser Angélica, por Lina Yegras.

La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.

Nobleza Bobarra, por Imperio Argentina.

La Doloresa, por Agustín Goday.

La hija de Juan Simón, por Pilar Muñoz y Carmen Amaya.

Baja dos banderos, por Claudette Colbert y Renald Calman.

El negro que tenía el alma blanco, por Marina Barrato y Antoñita Colomé.

El cura de aldeu, por Mary del Carmen y Juan de Orduña.

Marina Clara, por Imperio Argentina.

La Dolores, por Conchita Piquer.

Santa Rogelio, por Rafael Rivelles, Juan de Lenda y Mimi Muñoz.

El 13.000, por Jasita Hernán y Rafael Durán.

Polizón a bordo, por Lina Yegras.

Escuadrilla, por Alfredo Mayo.

Alma de Dios, por Amparito Rivelles.

Su hermana y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.

Tasca, por Imperio Argentina.

Serasate, por Alfredo Mayo.

Pimentilla, por Jasita Hernán y Rafael Durán.

La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.

Unos pasos de mujer, por Lina Yegras y F. Fernández de Córdoba.

Los millones de Polichinela, por Marta Santacalla, Manuel Luna y Luis Peña.

Torbellino, por Estrellita Castro.

Porque te vi llorar, por Pastora Peña y Luis Peña.

Flora y Mariana, por Blanca de Silos y Pastora Peña.

La blanca paloma, por Juanita Reina y Tony D'Algy.

48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Siempre mejores, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La niña está loca, por Jasita Hernán e Ismael Merlo.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pomés y Julio Peña.

Deliciosamente tontos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Precio: 2'50 pts.

Títulos en existencia:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas. «Yolox», «La Cenicienta del Palaco».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustina», «Rumbo a pique», «Una rubia peligrusa», «Lucas de Vienda». Con 22 fotografías.

Precio: 2'50 pts.

Cancionero Roberto Font. Los canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 pts.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los «extras» en los estudios; alegrías y sinsabores de los «extras»; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidalio Trimalción, 5'00 pts. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Lasada, 2'50 pts. Los hechos mundiales más notables al día.





